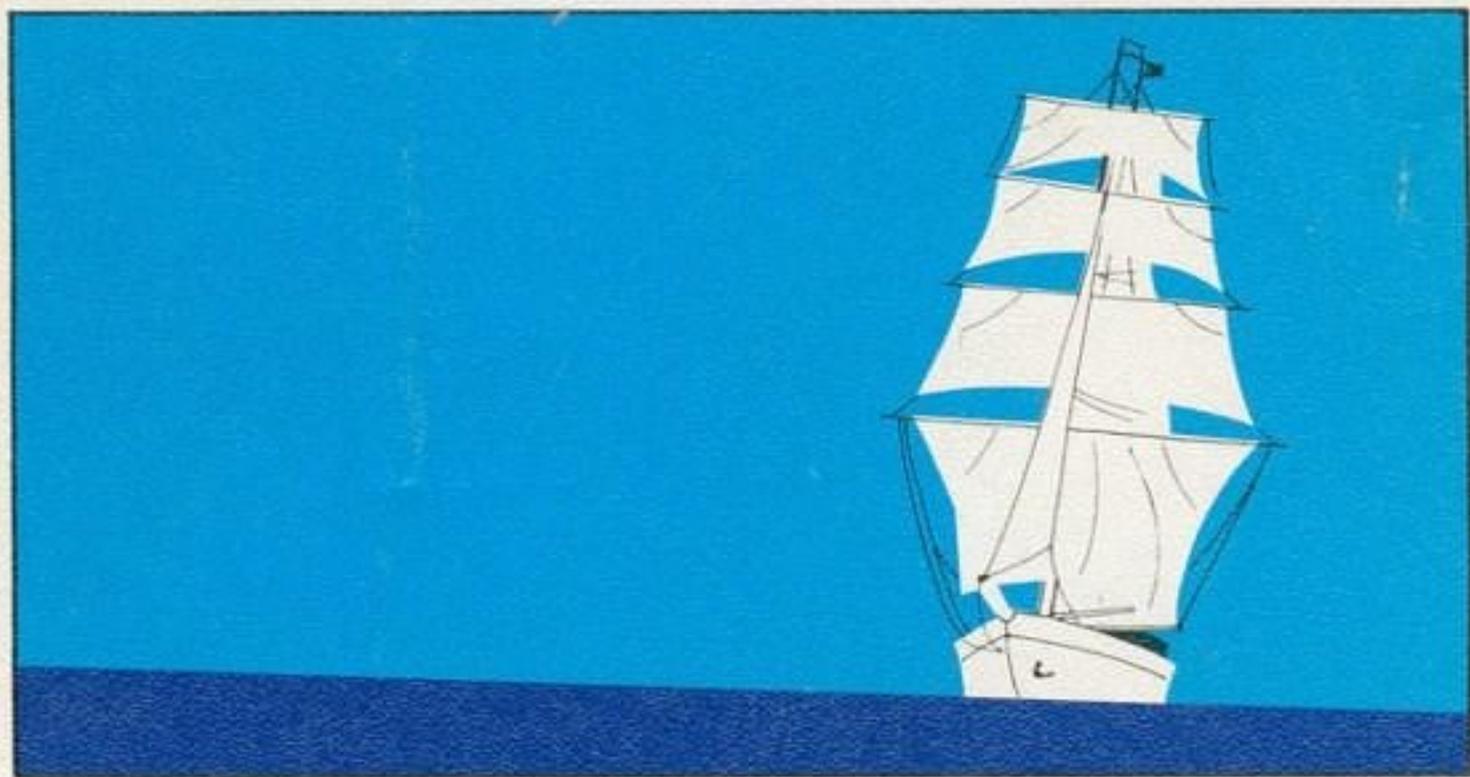


**joseph
conrad:
freya, la de
las siete
islas**



Una historia de amor entre el dueño y patrón del bergantín *Bonito* y la hija de Nelson, un holandés afincado en una de las Siete Islas. Un amor, que un tercero, envidioso, intentará hacer naufragar.

Según las propias palabras de Conrad: «Es la historia del *Costa Rica* de la cual se hablaba cuando yo llegué a Singapore. El hombre se llamaba Sutton. Murió exactamente así: Estaba a punto de regresar a su país para casarse con una joven (no hacia sino hablar de su amor con todo el mundo) y volver con ella al archipiélago, cuando su barco fue embarrancado por el comandante de un cañonero holandés que se había ofendido por algo. Vagó por la costa de Macasar durante meses y está enterrado en el Fuerte».

Lectulandia

Joseph Conrad

Freya la de las siete islas

ePub r1.1

Titivillus 26.1.2015

Título original: *Freya of the Seven Isles*
Joseph Conrad, 1912
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



Prólogo

En el año 1909, Joseph Conrad vive retirado en su pequeña casa de Aldington, en el condado de Kent. Desde hace dieciocho meses se halla absorbido en la composición de una nueva obra que exige sus mayores esfuerzos y su máxima tensión de escritor. Polaco de origen y habiendo sufrido duramente en su juventud la tiranía rusa, Conrad va escribiendo *Under western eyes* y cada página es para él una penosa labor. De un lado su oculto y legítimo rencor; de otro su imparcialidad y ese inmenso espíritu generoso, característica esencial de toda la obra conradiana. En una carta dirigida durante aquella época agotadora a su amigo John Gahworthy, Conrad confesaba: «Hace dos años que no he visto un cuadro, no he escuchado una nota de música, ni he tenido un verdadero momento de descanso en una conversación».

Pero un día —el 19 de julio de 1909 nos dice el propio Conrad— el correo le trae una carta, una larga carta de seis páginas, firmada por un desconocido Carlos M. Marris. Este hombre es un marino como Conrad y le escribe en nombre de sus compañeros capitanes de la navegación a vela para darle las gracias por sus libros, «Mi ejemplar de *El espejo del mar* —le dice en la carta— ha circulado de Timor Dali hasta Pak ham y de Manila a Surabaya. Allí todos leemos sus libros». Viejos recuerdos afloran a la memoria del escritor. Hace veinte años que vive alejado del mar y de pronto una voz desconocida le habla del archipiélago malayo y de hombres que allí conoció y que había creído para siempre desaparecidos. Almayer, Lingard Babalatchi, Abdullah... Muchos de los personajes de sus novelas viven todavía y leen sus libros.

Esta carta del capitán Carlos M. Marris y una visita que éste hizo seguidamente al escritor son la causa primera de esta narración. Sus lejanos amigos le pedían que volviese a escribir para ellos algunas de sus maravillosas historias. Conrad quiso complacerles y dejando para mejor ocasión su *Under western eyes* se puso a escribir este cuento que dedicó a amigo de un día, el capitán Carlos M. Marris.

En la misma correspondencia de Conrad hallamos —carta a E. Garnett— los orígenes de *Freya*. «Es la historia del *Costa Rica* de la cual se hablaba cuando yo llegué a Singapore. El hombre se llamaba Sutton: Murió exactamente así: Estaba a punto de regresar a su país para casarse con una joven (no hacia sino hablar de su amor con todo el mundo) y volver con ella al archipiélago, cuando su barco fué embarrancado por el comandante de un cañonero holandés que se había ofendido por algo Vagó por la costa de Macasar durante meses y está enterrado en el Fuerte».

Esta narración figura indiscutiblemente entre las más bellas y logradas del gran escritor y quizás dentro de la moderna literatura inglesa. Su primera publicación dio a la obra de Conrad una popularidad que hasta aquel entonces se había limitado a un devoto y restringido núcleo de admiradores.

En una de las colinas que rodean Marraqués hay una fuente que sirve de alivio a los caminantes que transitan por aquellos lugares. Desde allí puede gozarse la mejor

vista panorámica de Marraqués y sus contornos. Los indígenas, para pétrea constancia de este hecho, grabaron una inscripción sobre la fuente, que reza: «Bebe y admírala» frase nos parece adecuada en esta ocasión. En el umbral de esta obra, forzando un poco la inscripción de la fuente de Marraqués, nos atrevemos a decir al lector; ¡lee y admira!

I

Cierto día —hace muchos años— recibí una carta, larga y prolija, de uno de mis antiguos compinches y compañeros de aventuras por los mares orientales. Seguía aún allí, establecido ya, y era por entonces de edad madura. Me imaginaba que habría engordado mucho y se habría vuelto de costumbres caseras, obedeciendo al sino que nos es común a todos menos a los favoritos de los dioses a quienes éstos quitan de en medio oportunamente. Era una carta de esas «reminiscentes», plagadas de los «¿te acuerdas?»... Una carta melancólica a fuerza de mirar al pasado. Y, entre otras cosas, me escribía: «seguramente recuerdas al viejo Nelson».

¡Que si recordaba al viejo Nelson!^[1] Claro, hombre. Y, para empezar, no se llamaba Nelson. Los ingleses del Archipiélago le llamaban Nelson porque resultaba mejor —supongo—, y él nunca protestó. Hubiera sido una pedantería. Su verdadero nombre era Nielsen. Había llegado a Oriente mucho antes de aparecer por allá los cables telegráficos; trabajó en casas comerciales británicas; se casó con una muchacha inglesa, y fue uno de los nuestros durante varios años, navegando y traficando, en todas direcciones, a través del Archipiélago Oriental. Lo cruzó, le dio la vuelta, lo recorrió transversalmente, en diagonal, perpendicularmente, en semicírculos, en zigzag y haciendo ochos, durante años y más años. No había escondrijo ni recoveco de esta zona tropical que no hubiera penetrado —de modo muy pacífico, desde luego— la intrepidez del viejo Nelson (o Nielsen). Dibujando la trama de sus estelas, podría obtenerse una especie de telaraña que cubriría el mapa del Archipiélago... Todo él, menos las Filipinas. Nunca quiso acercarse a esas islas, por un temor extraño que sentía de los españoles, o, para decirlo con exactitud, de las autoridades españolas. Es imposible saber qué podía figurarse que le iban a hacer. Quizá habría leído algo sobre la Inquisición y lo habría interpretado mal.

Pero, en general, le causaban pánico las que él llamaba «autoridades»; no las inglesas, a las cuales respetaba y en las que confiaba, sino las de las otras dos naciones que dominaban aquella parte del mundo. No le espantaban tanto los holandeses como los españoles, pero desconfiaba aún más de los primeros. Una desconfianza atroz. Los holandeses eran capaces —según él— de «jugarle a uno cualquier trastada», si tenía uno la desgracia de disgustarlos con algo. Tenían sus leyes, desde luego, pero no jugaban limpio al aplicarlas. Era lamentable, en verdad, ver la manera tan temerosa y circunspecta con que trataba aquel hombre a los elementos oficiales, y recordar a la vez que ese mismo hombre había visitado con toda tranquilidad, sin el menor asomo de miedo, un poblado de caníbales de Nueva Guinea (debe tenerse en cuenta que toda su vida fue bastante «carnoso», constituyendo —si se nos permite la expresión— un apetitoso manjar), y fue allá para un negocijo que no le reportaría quizá ni cincuenta libras.

¡Que si recordaba al viejo Nelson! ¡Y tanto que sí! La verdad es que ninguno de

los de mi generación lo llegó a conocer en su época de actividad. En nuestra época, se había retirado ya. Había comprado, o quizá arrendado, parte de una islita perteneciente al Sultán del pequeño grupo conocido por Las Siete Islas. Supongo que sería un trato legítimo, pero no me cabe duda de que si nuestro amigo hubiera sido inglés, ya habrían encontrado los holandeses algún pretexto para echarlo de allí sin consideración alguna. Para esto le valió de mucho la verdadera forma de su apellido. Como holandés modesto, de conducta intachable, no tenían inconveniente en dejarlo vivir en paz. Todo su dinero lo tenía empleado en cultivos; esto le hacía cuidarse mucho de no escurrirse del terreno legal, y esta misma prudencia lo llevó a no mirar con buenos ojos a Jasper Allen. Pero ya hablaremos de esto más adelante. ¡Naturalmente! ¿Cómo iba uno a olvidar el gran *bungalow* —tan hospitalario— del viejo Nelson, construido en una escarpada altura? ¿Y cómo no recordar la arrogante figura de aquel hombre, vistiendo casi siempre camisa y pantalones (tenía la inveterada costumbre de quitarse la chaqueta de alpaca, con cualquier pretexto), y cómo olvidar aquellos ojos azules, muy redondos, el bigote hirsuto y blancosucio (con la dispersión característica de las púas del irascible puercoespín), y su propensión a sentarse de pronto y empezar a abanicarse con el sombrero? Pero es inútil seguir disimulando: de lo que se acordaba uno realmente era de su hija, la cual se fue a vivir con él por aquella época... y a convertirse en una especie de Señora de las Islas.

Freya Nelson (o Nielsen) era de esas chicas que recuerda uno toda la vida. El óvalo de su cara era perfecto; y aquel marco perfecto encerraba unas facciones admirablemente proporcionadas y una tez deliciosa, dando una impresión de salud, de fuerza y de lo que pudiéramos llamar «confianza inconsciente en uno mismo»... Su rostro dejaba traslucir un temperamento decidido, pero encantador y con algo de caprichoso. No quiero comparar sus ojos con las violetas, porque su verdadero matiz era muy particular, no tan oscuro y más brillante que el de aquéllas. Eran unos ojos de esos muy abiertos, y lo miraban a uno francamente. Nunca llegué a ver bajas las largas y sombrías pestañas —seguro que Jasper Allen las vio cerrarse, pues fue un privilegiado—, pero no dudo de lo encantadora que resultaría en ese gesto... un encanto de múltiple sentido. Podía sentarse sobre su cabellera, según me contó una vez Jasper con un entusiasmo conmovedor y del género imbécil. Es muy posible... ¿por qué no? No me era dado contemplar tales maravillas; me contentaba con admirar lo hábilmente que se peinaba para hacer resaltar la hermosura de su cabeza. Y esta exuberancia capilar era tan esplendorosa que, cuando estaban echadas las persianas del pórtico que daba a Poniente (produciéndose con ello una agradable medialuz) —o la sombra del bosquecillo de árboles frutales, próximo a la casa—, parecía emitir una luz propia: una dorada luminosidad.

Solía llevar un vestido blanco, cuya falda dejaba al descubierto las botas, muy limpias, de color marrón y acordonadas. Si había en su vestimenta algún color, era, en todo caso, una pizca de azul. No la cansaba ningún esfuerzo. La he visto desembarcar

de su canoa después de haber dando en ella un larguísimo paseo (solía remar mucho) y no se le había acelerado la respiración ni se le había desplazado un solo cabello. Por la mañana, cuando salía al pórtico para proyectar hacia Poniente la primera mirada del día, dejándola resbalar sobre el mar en dirección a Sumatra, aparecía chispeante y fresca como una gota de rocío. Pero la gota de rocío es efímera, deleznable... y en Freya nada era deleznable. Recuerdo sus brazos, tan sólidos y bien torneados, con aquellas muñecas tan bonitas, y sus manos —amplias y «eficaces»—, de dedos levemente cónicos. No sé si había nacido efectivamente en alta mar, pero me consta que, hasta los doce años, estuvo cruzando los mares en compañía de sus padres, en diversos barcos. Cuando al viejo Nelson se le murió la mujer, constituyó para él un serio problema qué hacer con la chica. Una amable señora de Singapore, conmovida por esta pena muda —que traía perplejo y abatido al viejo Nelson—, ofreció hacerse cargo de Freya. Este arreglo duró unos seis años, durante los cuales el viejo Nelson (o Nielsen) «se retiró» y se estableció en su isla, decidiendo luego (al marchar a Europa la señora amable) que fuera su hija a reunirse con él.

El primer preparativo —y el más importante— para el acontecimiento fue encargar a su agente en Singapore un piano vertical *Steyn & Ebhart* «tamaño grande». Por entonces mandaba yo un vaporcito en el tráfico isleño, y me tocó en suerte llevarle el encargo, de modo que sé algo del piano de Freya. Descargamos el enorme cajón, con bastante dificultad, en la superficie plana que presentaba una roca entre unos matorrales, y estuvimos a punto, en el transcurso de esta operación náutica, de desfondar uno de mis botes. Después, con ayuda de toda mi tripulación (incluso los maquinistas y fogoneros), derrochando ingenio y con toda clase de palancas, cuñas, planos inclinados y planchas enjabonadas, esforzándonos bajo el sol como los antiguos egipcios cuando construían una pirámide, conseguimos arrastrarlo hasta la casa, hasta el mismo borde del pórtico que miraba a Poniente y que venía a ser la sala del *bungalow*. Allí, una vez abierto el cajón con precauciones extremadas, apareció por fin el hermoso monstruo de palo rosa. Con reverente entusiasmo, lo fuimos llevando a empujoncitos hasta la pared, y respiramos a nuestras anchas por primera vez en aquel día. En la isleta no se había conocido, desde la creación del mundo, un mueble tan pesado. El volumen de sonido que despedía en aquel *bungalow* (pues las habitaciones hacían de tornavoz) era verdaderamente asombroso. Sus atronadoras melodías llegaban al mar. Jasper Allen me contó que una mañana muy temprano, hallándose en el puente del *Bonito*^[2] (su lindo bergantín, de formidable velocidad), oyó con toda claridad a Freya cuando ésta tocaba las escalas. Pero es que Jasper fondeaba siempre a peligrosa proximidad del promontorio, como le advertí más de una vez. Desde luego, estos mares están casi siempre en calma, y, sobre todo, la zona de Las Siete Islas suele ser de lo más tranquilo y despejado. Sin embargo, no faltaba de vez en cuando alguna tormenta vespertina sobre Banka, o una de esas borrascas de mal cariz —procedentes de las lejanas costas de Sumatra— que, lanzándose de repente contra el grupo isleño, lo envolvía en torbellinos por espacio

de unas dos horas, causando una lóbreguez negriazul de lo más siniestra. Entonces, mientras las persianas de palmas flameaban desesperadamente con el viento y la casa vibraba como una planta, sentábase Freya al piano y tocaba algo muy «furioso» de Wagner entre las ráfagas cegadoras de los relámpagos y mientras caían rayos por allí cerca. Como para erizársele a uno el cabello. Y Jasper permanecía en el pórtico, inmóvil como una estatua, y se extasiaba contemplando la espalda de Freya, su figura flexible y ondulante, el milagroso brillo de su hermosa cabellera, el rápido moverse de las manos sobre el teclado, la blancura de su nuca... Entretanto, el bergantín, allá al pie del promontorio, sacudía sus amarras a muy poca distancia de las amenazadoras rocas, que divisábamos negras y relucientes. ¡Uf!

Y este riesgo —figuraos— lo corría sólo por tener la sensación, cuando regresaba a bordo de noche y reposaba la cabeza en la almohada, de hallarse lo más cerca posible de su Freya mientras ésta dormía en el *bungalow*.

¡Habrás visto! Y, es más, este bergantín iba a ser el hogar futuro —el hogar de ambos—, el paraíso flotante que Jasper fue acondicionando poco a poco como un yate para navegar en él toda su vida, una vida felicísima, con su Freya. ¡Valiente imbécil! Pero al hombre le encantaba arriesgarse.

Recuerdo que un día estuvimos mirando, Freya y yo, cómo se aproximaba el bergantín al promontorio. Venía del noroeste. Me figuro que Jasper vio con su catalejo a la muchacha. ¿Qué creéis que hizo? En vez de seguir con el mismo rumbo milla y media más a lo largo de los bajíos y virar luego para echar anclas como corresponde a un buen marino, metió al bergantín en la primera brecha que descubrió entre dos arrecifes del peor aspecto, erizados de salientes, y ancló allí mismo. Esta maniobra tan violenta bamboleó al barco, y desde el pórtico pudimos oír el tableteo de las velas. Contuve la respiración, os lo aseguro, y Freya lanzó un juramento. ¡Sí, de verdad! Crispó los puños y dio unas pataditas en el suelo con sus lindas botas marrones, exclamando: «¡Maldita sea...!».

Luego, mirándome —le habían salido un poco los colores, pero no demasiado— añadió: «Olvidé que estaba usted aquí», y se echó a reír. Lo creo, lo creo... Cuando Jasper aparecía en el horizonte no solía Freya darse cuenta de la presencia de nadie más. Preocupado como estaba por aquella maniobra desatinada, no pude evitar el dirigirme a su comprensivo sentido común:

—¿Verdad que está trastornado?

—Completamente idiota —asintió convencida, mirándome seria y esbozando una sonrisa, de la que sólo apareció un hoyuelo en la mejilla.

—Y todo eso —le hice observar— sólo para poderla ver a usted veinte minutos antes.

Oímos el ruido del anclaje. Freya estaba muy irritada.

—Espere un poco, y verá. De esta fecha va a aprender.

Se fue a su cuarto, dejándome con instrucciones. Cerró la puerta, y me quedé solo en el pórtico.

Mucho antes de que hubieran aferrado las velas del bergantín, llegaba Jasper a

grandes zancadas y, olvidando saludarme, miraba impacientísimo a derecha e izquierda.

—¿Y Freya? ¿No estaba aquí hace poco?

Cuando le comuniqué la decisión de Miss Freya de privarlo de su presencia «para que aprendiera», me acusó de haberla inducido a ello, y lamentó la necesidad en que se vería —el día menos pensado— de pegarme un tiro. Le daba la impresión de que ella y yo andábamos demasiado unidos. Dejóse caer en una silla e intentó contarme cosas de su viaje. Lo más divertido era que el tipo aquel estaba sufriendo, le fallaba la voz, y se estaba inmóvil, sin hablar y sin apartar los ojos de la puerta. Tenía cara de pena. De veras... Y —lo que fue aún más divertido— la chica salió de su cuarto a los diez minutos, con toda calma. Entonces, me marché. Quiero decir que me fui en busca del viejo Nelson (o Nielsen) al pórtico trasero, donde solía pasarse horas enteras. Me movía el noble propósito de entretenerlo con mi charla, no fuera a darle por recorrer la casa y se metiera donde no se requería su presencia.

Sabía que el bergantín había llegado, pero no que Jasper estaba ya con Freya. Supongo que no lo creía posible en tan poco tiempo. Era lo natural en un padre. Sospechaba que Allen cortejaba a su hija: las aves, los peces, la mayoría de los mercaderes del Archipiélago, y los hombres de más varia condición, allá en Singapore, se daban cuenta de ello. Pero no podía apreciar hasta qué punto estaba interesada la muchacha por Jasper. El padre tenía la idea de que su hija era demasiado juiciosa para perder los estribos apasionándose por nadie. No; no era el temor a una pasión de su hija lo que le hacía estarse preocupado en el pórtico trasero durante las visitas de Jasper. Lo que le preocupaba eran las «autoridades» holandesas. Pues la verdad era que los holandeses vigilaban las actividades de Jasper Allen, dueño y patrón del bergantín *Bonito*. Les parecía demasiado emprendedor como traficante. No sé que hiciera nunca algo ideal; pero me parece que su inmensa actividad molestaba sobremanera a aquella gente ineficaz, de procedimiento tardos... Desde luego, el viejo Nelson opinaba que el capitán del *Bonito* era excelente marino y un joven muy agradable, pero no le parecía prudente tenerlo por amigo. Algo comprometido... ya me entiende usted. Por otra parte, no quería decirle abiertamente a Jasper que no fuera por allí. El pobre Nelson era una buena persona. Creo que no se habría atrevido a herir los sentimientos del peor de los caníbales, a no ser bajo una provocación demasiado fuerte. Me refiero a los sentimientos de los caníbales, no a sus cuerpos. En cuanto a las flechas y lanzas, a los cuchillos, hachas y cachiporras... demostró con frecuencia el viejo Nelson saber hacerles frente. En las demás facetas de la vida, era un alma timorata. Así, en aquella ocasión le encontré muy abatido, y, cada vez que llegaban hasta él las voces de su hija y Jasper Allen, hinchaba los carrillos y soltaba aire con desaliento, como quien ha de batallar sin descanso contra el destino.

Naturalmente, me burlé de sus temores cuando me los confió. Nelson estimaba, hasta cierto punto, mis opiniones y me tenía algún respeto, no por las cualidades morales que yo pudiera poseer, sino por las buenas relaciones que se me suponían

con las «autoridades» holandesas. Yo sabía que la persona más temida por él, el Gobernador de Banka (contralmirante retirado y persona cordial y encantadora), me distinguía con su aprecio. Para animar al viejo Nelson (o Nielsen) le citaba siempre ese hecho. Se tranquilizaba un momento, pero acababa meneando la cabeza, desconfiado, como diciendo: «Todo eso está muy bien, pero en el alma oficial holandesa hay unos abismos que sólo yo he sondeado». Completamente ridículo.

En esa ocasión de que hablo, estaba el viejo Nelson muy irritado, pues mientras trataba yo de distraerlo con una aventura muy divertida y bastante escandalosa, ocurrida en Saigón a un amigo de ambos, exclamó de repente:

—¡Qué diablos se le ha perdido a ese hombre por aquí!

Era evidente que no había oído ni una palabra de mi anécdota. Esto me fastidió, porque la anécdota era muy buena. Me quedé mirándolo.

—¡Vamos, hombre! —exclamé—. ¿No sabe usted por qué viene Jasper Allen a esta casa?

Esta era la primera alusión clara que hice a las relaciones de su hija y Jasper. Lo tomó con mucha calma.

—¡Oh, Freya es una muchacha muy juiciosa! —murmuró abstraído, mientras los ojos de su mente seguían fijos en las «autoridades» holandesas. No; Freya no era una alocada. No le interesaban esas cosas. A él no le preocupaba ese asunto lo más mínimo. Jasper no pasaba de ser un amigo para ella; la distraía, pero nada más. Estaba plenamente convencido de ello.

Cuando el perspicaz papá dejó de refunfuñar, toda la casa quedó en silencio. Los otros dos se divertían con gran tranquilidad y, sin duda, muy cordialmente. ¿Qué diversión más absorbente y menos ruidosa podía haberseles ocurrido que proyectar el futuro común? Debían de estar contemplando —muy juntos— el bergantín, el tercero en aquel juego fascinador. Sin el barco no habría habido futuro. Era la fortuna, el hogar, el mundo —inmenso y libre— abierto ante ellos... ¿Quién comparó al barco con una cárcel? Que me cuelguen ignominiosamente de una verga si eso es verdad. Las blancas velas eran como alas blancas para el vuelo de un sublime amor... Sublime, para Jasper. Freya, como mujer, no perdía contacto con las derivaciones mundanales del asunto...

Jasper mostró un alma muy elevada el día en que —después de haber estado ambos contemplando el bergantín en uno de esos decisivos silencios, los únicos que establecen, entre las criaturas dotadas de habla, una compenetración perfecta— le propuso compartir con ella la propiedad de aquel tesoro. Y tengamos en cuenta que su corazón estaba fundido con el bergantín desde el día en que lo compró en Manila a cierto peruano de edad madura, vestido sobriamente de negro, enigmático y sentencioso, el cual es muy probable lo hubiese robado en la costa suramericana, de donde dijo venir a las Filipinas «por razones familiares». Esto de las «razones familiares» fue una buena idea. Ningún auténtico *caballero*^[3] podía investigar sobre sus andanzas después de tal declaración.

Y Jasper, en verdad, era el perfecto *caballero*. El mismo bergantín era por entonces negro y enigmático, y estaba muy sucio: una empañada joya marina o, mejor quizá, una obra de arte olvidada. Pues debió de haber sido un artista el constructor anónimo que sacó líneas tan bellas de la más dura madera tropical ensamblada con cobre de primera calidad. Vaya usted a saber en qué parte del mundo fue construido. El mismo Jasper no pudo averiguar gran cosa de su historia; nada pudo sacarle al sentencioso peruano —taciturno como él solo—, si es que era peruano y no el diablo en persona, como afirmaba Jasper jocosamente. A mi juicio, era el barco lo bastante viejo para haber sido uno de los últimos barcos piratas, un negrero o, a lo mejor, uno de los primeros *clippers* dedicados al contrabando de opio.

Sea como fuese, estaba tan sólido como el día de su botadura, navegaba como una bruja, maniobraba con la facilidad de una canoa, y —a semejanza de tantas mujeres hermosas cuyas andanzas registra la Historia— parecía poseer el secreto de una juventud perpetua. Por eso, nada tenía de extraño que Jasper tratase a su nave como a una amante. Y ese trato devolvió al barco el esplendor de su belleza. Lo vistió con varias capas de la mejor pintura blanca; lo atavió de nuevo con tal cuidado, con arte tal, y lo hizo tener siempre tan limpio por su tripulación malaya, que ni el esmalte podía parecer mejor ni resultar más suave al tacto. Un estrecho galón dorado marcaba su arrufadura, a la lumbre del agua, eclipsando las pretensiones ornamentales de los yates que frecuentaban por entonces los mares de Oriente. Yo, por mi parte, prefiero los galones de color carmesí intenso, cuando el casco es blanco. Produce mayor efecto de relieve, además de ser más barato. Así se lo dije a Jasper. Pero, nada; sólo le convencían los dorados, pues ningún adorno le parecía lo bastante resplandeciente para la futura mansión de Freya.

Sus sentimientos hacia el bergantín y hacia la chica se hallaban mezclados en su corazón tan indisolublemente como cuando se funden dos metales preciosos en el mismo crisol. Y la llama ardía bien, os lo aseguro. Este afán le producía una vivísima inquietud, mezcla de actividad y deseo. Era demasiado guapo, y en su cabello castaño se marcaba una onda lateral. Esbelto, de largas piernas, con aquellos destellos de ansia que despedían sus ojos acerados, y con sus rápidos y bruscos movimientos me hacía pensar, a veces, en una centelleante espada que saltase de la vaina a cada momento. En cambio, cuando se hallaba junto a Freya, cuando podía contemplarla reposadamente, era un hombre distinto. Sólo entonces se transformaba su característica tensión de ánimo en una actitud contemplativa, seria y afectuosa, que no perdía ni el menor de los movimientos de ella, ni una de sus palabras. El frío dominio de sí misma, su actitud decidida, eficaz y, a la vez, de buen humor, parecían serenar el corazón de Jasper. ¿Lo calmaba el mágico influjo de su rostro, de su voz, de sus miradas? Sin embargo, estos encantos fueron precisamente los que encendieron la imaginación del marino... si es que el amor se inicia en la imaginación. Pero yo no sirvo para elucidar tales misterios, y ahora recuerdo que dejamos al pobre Nelson muy preocupado, allá en el pórtico trasero, haciendo ¡*puf!*

con los carrillos...

Le hice ver que, después de todo, Jasper no menudeaba sus visitas. Su bergantín y él tenían mucho que hacer por el Archipiélago. Pero el viejo Nelson me replicó, intranquilo:

—Espero que no venga Heemskirk por aquí mientras esté fondeado el bergantín.
¡Mira que temer a Heemskirk! ¡Heemskirk!... ¡A quién se le ocurre...!

II

Veamos quién era Heemskirk. Al instante se convencerán ustedes de lo infundado de este miedo del viejo... Desde luego, no era hombre de buenas intenciones. Bastaba oírle reír. Nada nos descubre tan bien a un hombre como su risa. Pero ¡bendita sea mi alma!; si fuéramos a salir de estampida como una liebre a cada mal agujero, tendríamos que irnos al desierto o hacernos ermitaños. Y aun en tal soledad habríamos de resignarnos a la compañía del diablo.

Sin embargo, el diablo es un personaje importante que conoció mejores días y se movió en una jerarquía superior; pero Heemskirk, en la escala jerárquica holandesa —sólo terrenal— y con un pasado que no debió ser muy brillante, no pasaba de ser un oficial de marina, de unos cuarenta años, y sin grandes relaciones ni habilidad especial de qué poder vanagloriarse. Mandaba el *Neptuno*, pequeño cañonero empleado en un aburrido servicio de vigilancia por aguas del Archipiélago; monótono control del tráfico. En realidad, no era un cargo de gran categoría. Podéis creerme, no pasaba de ser un teniente con veinticinco años de servicio y a quien pronto darían el retiro... Nada más.

Nunca le preocupó mucho lo que pudiera suceder en el grupo de las Siete Islas hasta que se enteró —charlando con alguien en Mintok o en Palembang, me imagino— que vivía en una de ellas una linda muchacha. Le movió la curiosidad, supongo, a rondar con el cañonero por aquellas islas y, cuando vio a Freya, adquirió la costumbre de tocar en el grupo cada vez que se encontraba a medio día de distancia.

No quiero decir que Heemskirk fuera un típico oficial de la Marina holandesa. Los conozco lo bastante para no caer en un error tan absurdo. Su rostro era de grandes proporciones, y siempre bien afeitado; unas mejillas grandes, planas y morenas; la nariz, afilada y ganchuda, y una boca pequeña, comprimida entre las mejillas... Blanqueaban algunos mechones entre su negra cabellera y sus desagradables ojos eran también casi negros. Tenía unas miradas de soslayo, de lo más grosero, sin mover la cabeza. El cuello era corto y redondo. Su tronco —muy rechoncho, y cubierto por una guerrera de diario, oscura y con charreteras doradas— lo sostenían unas piernas achaparradas y de compás muy abierto, enfundadas en pantalones de dril blanco. La redondez de su cráneo señalábase bajo la gorra blanca y daba éste también impresión de ser muy macizo. Pero, desde luego, contenía los sesos suficientes para descubrir —y aprovechar astutamente— el nerviosismo del pobre Nelson ante cuanto oliese a autoridad.

Heemskirk solía desembarcar en el promontorio y recorría toda la plantación como si todo aquello le perteneciera. Luego se dirigía a la casa. En el pórtico, escogía la mejor silla y se quedaba a merendar o a comer. Se quedaba por las buenas, sin tomarse siquiera la molestia de decir que se invitaba a sí mismo.

Merecía que le hubieran dado de puntapiés, sólo por su actitud para con Miss Freya. Si hubiera sido un salvaje desnudo, armado con lanza y flechas envenenadas,

le habría dado Nelson (o Nielsen) una buena tanda de puñetazos. Pero aquellas charreteras doradas —¡además, que eran charreteras holandesas!— bastaban para aterrorizar al viejo; así, pues, consentía aquel tipo que lo tratase con el mayor desprecio, que devorase a su hija con los ojos y que se bebiera lo mejor de su pequeña bodega.

Yo pude presenciar algo de esto, y en cierta ocasión traté de hacer un comentario sobre ello. Era lamentable ver la inquietud que expresaban los ojos saltones del viejo Nelson. Primero dijo que el teniente era un buen amigo suyo, una persona excelente. Seguí mirándolo severamente, hasta que, por fin vaciló y hubo de reconocer que, desde luego, no producía Heemskirk una buena impresión; su aspecto no lo favorecía, pero en el fondo...

—No he encontrado aún por acá ningún holandés que me haya parecido simpático —le interrumpí—. La simpatía, en realidad, no sirve de mucho; ¿no se da usted cuenta de que...?

Nelson se asustó tanto ante lo que iba yo a decir, que no me atreví a continuar. En efecto, iba a decirle que el individuo aquél rondaba a su chica. Eso es cuanto podía decir. Lo que no podía afirmar era qué esperaba Heemskirk ni qué planes tenía... Quizá se creyera irresistible o habría tomado a Freya por lo que no era, engañado por su modo de ser tan vivo, tan libre de prejuicios. Lo cierto era que iba tras la chica. Nelson lo podía ver perfectamente. Ahora bien, prefería ignorarlo. No quería que le hablaran de ello.

—Sólo deseo vivir en paz con las autoridades holandesas —rezongó avergonzado.

Era incurable. Lo sentí por él, y creo que la señorita Freya lo sentía también por su padre. Esto la llevó a contenerse, y como cuanto hacía, lo hizo sencillamente, sin afectación, hasta con buen humor... Y no era pequeño el esfuerzo que había de hacer, porque en las atenciones de Heemskirk había un cierto matiz de insolencia y desprecio, y a la joven le costaba mucho tolerarlo. Esta clase de holandeses suele mirar por encima del hombro a sus inferiores, y aquel oficial de la Corona consideraba al viejo Nelson y a Freya como muy inferiores a él en todos conceptos.

No me preocupaba esto por Freya. No era de esas muchachas que lo toman todo trágicamente. Podía uno compadecerla por las dificultades que se derivaban de su situación, pero comprendiendo que se hallaba a la altura de las circunstancias. Inspiraba, más bien, admiración por su serenidad y sentido práctico. Sólo sentía la violencia de la situación cuando coincidían Jasper y Heemskirk en el *bungalow* — como ocurría alguna vez que otra—, y ni aun entonces era fácil para todos darse cuenta de su turbación. Sólo mis ojos descubrían una leve sombra que velaba a su radiante personalidad. No pude evitar decirle, una vez:

—Palabra que es usted maravillosa.

Dejó pasar el elogio, esbozando una sonrisa.

—Lo principal es evitar que Jasper pierda los estribos —me dijo. Y pude ver

cómo asomaban, en el abismo de sus ojos, unos destellos de verdadera preocupación, mientras me miraba para añadir:

—¿Me ayudará usted a contenerlo, verdad?

—Desde luego, hemos de calmarlo —respondí, comprendiendo muy bien los motivos de su inquietud—. Cuando se excita, es capaz de cualquier locura.

—¡Sí! —dijo en tono suave. (Nos divertía meternos con Jasper.)—. Pero lo he domado un poquito. Ahora es ya un buen chico.

—De todas formas, es muy capaz de aplastar a Heemskirk como a un escarabajo.

—¡Lo creo! —murmuró Freya—. Y eso no tendría gracia —añadió rápidamente—. Figúrese cómo se pondría el pobre papá. Además, he de ser dueña de nuestro querido bergantín y quiero navegar por estos mares y no verme obligada a irme a diez mil millas de aquí.

—Cuanto antes esté usted a bordo para cuidar al hombre y al barco, mejor será —dije con seriedad—. Los dos la necesitan a usted bastante. No creo que Jasper se calme mientras no pueda llevársela de la isla. Usted no lo ve cuando no está con él, claro... pero yo sí lo veo. Está en un estado de engreimiento perpetuo que casi me asusta.

Al oír esto, me sonrió, y enseguida se puso serio. Pues, por una parte, no podía serle desagradable esa prueba de su poder y, por otra, tenía cierta conciencia de su responsabilidad. Separóse de mí súbitamente, porque en aquel momento subían, por la escalerilla del pórtico, Heemskirk y el viejo Nelson muy obsequioso tras él. En cuanto surgió su cabeza a nivel del suelo, comenzaron sus ojos, negros y malintencionados, a lanzar miradas a diestro y siniestro.

—¿Dónde está su chica, Nelson? —preguntó en un tono que traslucía su convencimiento de que todas las almas del mundo le pertenecían. Luego se dirigió a mí—: ¿Voló la diosa, eh?

La enseada de Nelson —así solíamos llamarla— estaba aquel día atestada de barcos. En primer lugar, mi vapor; algo más lejos, el cañonero *Neptuno*; y el bergantín *Bonito*, anclado tan cerca de la playa, que parecía posible lanzar un sombrero desde el pórtico de manera de hacerlo caer sobre la pulimentada popa. Sus cobres relampagueaban al sol como oro y la pintura blanca tenía el brillo de un vestido de satén. La pulidez de sus mástiles y vergas le daba una cierta elegancia marcial. Era una belleza. Nada tenía, pues, de particular que, poseyendo semejante barco y con la promesa, además, de una muchacha como Freya, viviera Jasper en un estado de continua exaltación muy adecuado, quizá, para el séptimo cielo, pero no muy aconsejable en un mundo como el nuestro.

Hice observar cortésmente a Heemskirk que, como Miss Freya tenía tres invitados, estaría atendiendo, seguramente, a sus ocupaciones domésticas. Yo sabía, claro está, que había ido en busca de Jasper a un claro a orillas del único riachuelo de la isleta de Nelson. El comandante del *Neptuno* me miró, desconfiado, con mirada oblicua y empezó a «instalarse» como si estuviera en su casa, dejando caer su

abultada y cilíndrica armazón en una mecedora, y desabrochándose la guerrera. El viejo Nelson sentóse frente a él, tratando de hacerse lo más insignificante posible, expresando su desazón con sus ojillos saltones y abanicándose con el sombrero. Procuré sostener la conversación; caso nada fácil con un holandés, tardo y enamorado, que miraba constantemente de una puerta a otra y que le contestaba a uno con una burla o con un gruñido.

Sin embargo, se pasó la tarde bastante bien. Afortunadamente, existe en el amor un grado de arrobó cuya intensidad anula al orgullo. Jasper estuvo muy tranquilo, reconcentrado en su silenciosa contemplación de Freya. Cuando nos dirigíamos hacia nuestros respectivos barcos, ofrecí a Jasper remolcarlo a la mañana siguiente. Lo hice con objeto de alejarlo de allí lo antes posible. Así, a la primera fría luz del alba, pasamos junto al cañonero, fondeado —negro, inmóvil y silencioso— en la boca de la cristalina ensenada. Pero el sol —con rapidez tropical— había escalado ya el doble de su diámetro antes de que hubiésemos dado la vuelta al arrecife, y quedásemos otra vez frente al promontorio. En la roca más avanzada estaba Freya, toda de blanco y con su sombrero de fieltro en forma de yelmo, como una estatua —marcial y femenina— de rostro rosado. La pude ver muy bien con mis gemelos. Agitó un expresivo pañuelo y Jasper, subiéndose por las jarcias del palo mayor del blanco bergantín —que sugería un barco de guerra—, respondía al saludo agitando su sombrero. Poco después nos separamos, siguiendo yo rumbo al Norte y Jasper con rumbo al Este, impulsado su bergantín por leve brisa de popa... Se dirigía a Banjermassin y a otros dos puertos.

Esta pacífica ocasión fue la última en que vi juntos a los cuatro: la encantadora y resuelta Freya; el viejo Nelson, de inocentes ojos saltones; Jasper, afilado, pernilargo, de rostro fino, que se contuvo admirablemente por sentirse tan feliz bajo la mirada de Freya; los tres, altos, guapos, de ojos azules (con distintos matices); y junto a ellos el arrogante holandés, atezado, con el cabello negro, más bajo que los tres —lo menos una cabeza— y tan grueso, en contraste con ellos, que parecía un ser capaz de autoinflarse, un grotesco ejemplar de algún otro planeta.

Ese contraste me había impresionado cuando fuimos a sentarnos en el pórtico después de la cena. Me siguió fascinando toda la noche. Me acuerdo aún hoy de aquella impresión como de algo divertido y, a la vez, de mal agüero.

III

Unas semanas después, arribando una mañana temprano a Singapore, después de una travesía por el Sur, divisé el bergantín fondeado en el puerto, con su esplendoroso aspecto habitual, como si lo hubieran sacado de una vitrina y lo acabasen de posar delicadamente sobre el agua en aquel mismo instante.

Se hallaba muy afuera de la rada. Yo, en cambio, seguí hasta fondear en mi sitio habitual muy cerca de la ciudad. No habíamos terminado aún de desayunar cuando vino un contramaestre a decirme que el bote del capitán Allen se acercaba a nosotros.

Su elegante esquife acostó contra mi barco, y en dos brincos subió Jasper nuestra escala. Me dio un nervioso apretón de manos, mirándome vivamente, pues se figuraba que yo había hecho escala en el grupo de Las Siete Islas. Saqué del bolsillo un papelito cuidadosamente doblado, y Jasper me lo arrebató de la mano sin miramiento alguno, yéndose al puente para leerlo sin testigos. Pasados unos minutos, fui a reunirme con él, y lo encontré dando zancadas arriba y abajo, pues sus emociones lo alteraban hasta en los momentos de mayor concentración.

Sacudió la cabeza para decirme con entusiasmo:

—Bueno, querido, ahora ya voy a estar contando los días.

Comprendí lo que quería decir con eso. Sabía que ambos jóvenes habían concertado una fuga para casarse sin preliminares oficiales. Era una decisión muy lógica. El viejo Nelson (o Nielsen) no habría accedido nunca a entregar su hija al comprometedor Jasper. ¡Cielos! ¡Qué dirían las autoridades holandesas de semejante boda! Resulta en extremo ridículo. Pero nada hay en el mundo más cruelmente egoísta que un hombre timorato con pánico de perder sus «pequeños bienes», como solía llamarlos el viejo Nelson en tono de disculpa. Cuando un corazón se impregna de cierta clase de mieditis, se hace insensible a todo razonamiento, a los sentimientos y al sentido del ridículo. Se convierte en pedernal.

De todos modos, Jasper habría formulado su petición, sin perjuicios de hacer luego su santa voluntad; pero Freya decidió que no dirían ni una palabra, basándose en que «papá se volvería loco de pena». Era capaz de enfermar y entonces no tendría ella el valor de abandonarlo. He ahí un buen ejemplo de la cordura femenina y de la franqueza con que razonan las mujeres. Y es que Miss Freya podía leer en el «pobre y querido papá» como lee una mujer en un hombre: lo mismo que en un libro abierto. Una vez fugada su hija, el viejo Nelson no se atormentaría. Prorrumpiría en grandes lamentaciones, formaría un terrible jaleo, pero eso es distinto. Se ahorraría las torturas de la indecisión, la angustia de sentir luchar en su alma sentimientos contradictorios. Y como era demasiado modesto para enloquecer de ira, acabaría — tras el período de lamentaciones— dedicándose a sus «pequeños bienes» y a sostener buenas relaciones con las autoridades.

El tiempo se encargaría de lo demás. Y Freya pensó que podría esperar muy bien, mientras gobernaba su propio hogar —en el lindo bergantín— y cuidaba al hombre

que la amaba. Vida muy adecuada para una mujer que aprendió a andar sobre cubierta. Era una niña de los barcos, una niña marinera.

Desde luego, amaba a Jasper y confiaba en él, pero en su satisfacción había una sombra de inquietud. Es muy bonito y muy romántico el poseer para nuestro uso particular una espada de buen temple en la que puede uno confiar, pero si es o no el arma más indicada para batirse con el destino... eso ya es cuestión aparte.

Freya sabía muy bien que era la de más peso de los dos —no intentéis hacer un chiste malo, porque no me refiero a los kilogramos—. Mientras estaba Jasper navegando, se hallaba siempre algo intranquila; y, además, me tenía a mí —confidente probado— que me tomaba la libertad de susurrarle muchas veces: «Cuanto antes, mejor». Pero Miss Freya mantenía obstinadamente su punto de vista, y sus motivos para demorar la fuga eran característicos: «Primero he de cumplir los veintiún años, para que no pueda decir la gente que no tengo aún edad de saber lo que hago».

Los sentimientos de Jasper estaban tan sujetos a ella, que nunca protestó contra ese decreto. Dijera lo que dijese, era estupenda, y aquello terminaría bien para él. Creo que Jasper era lo bastante sutil para sentirse halagado, a veces, en el fondo... Además, tenía el bergantín para consolarse, impregnado por el espíritu de Freya, pues cuanto hacía a bordo lo realizaba siempre bajo los auspicios de su amor.

—Sí. Pronto empezaré a contar los días que faltan —repetió—. Once meses más. He de verificar tres travesías más, a toda prisa, en ese tiempo.

—Procure que no le salgan mal las cosas por querer abarcar demasiado —le advertí. Pero se rió de mi prudencia. Estaba muy seguro de sí mismo. ¡Bah! Nada, nada podía pasarle al bergantín, exclamó, como si la llama de su corazón pudiera iluminar las noches lóbregas de los mares sin carta de marear; como si la imagen de Freya sirviera de infalible señal luminosa por entre los bajíos más peligrosos; como si las brisas tuvieran que servir al porvenir de él y las estrellas lo hubieran de custodiar; como si el mágico influjo de su pasión pudiera hacer flotar a su barco en una gota de rocío o gobernarlo a través del ojo de una aguja... y todo ello, sólo por haberle tocado en suerte— magnífica suerte —servir a un amor tan lleno de gracia que con él se hacían fáciles, seguros y esplendorosos todos los caminos de la tierra y todas las rutas del mar.

—Supongo —le dije, cuando terminó de reírse de mi inocente advertencia—, supongo que se irá usted hoy.

Sí, eso pensaba. No salió al amanecer porque me esperaba.

—Fíjese lo que me pasó ayer —me siguió diciendo—. Mi segundo me abandonó de pronto. No tenía más remedio que irse. No puedo echar mano de nadie y tendré que tomar a Schultz. ¡El insigne Schultz! ¿Cómo es que no da usted un salto? Pues sí, ayer tarde fui y descubrí a Schultz, después de una serie de dificultades. «Soy un hombre, capitán» —me dijo con esa voz tan maravillosa que tiene—, «pero siento confesarle que no tengo ni un trapo que ponerme. He ido vendiendo toda mi ropa

para comer algo cada día». Tiene una voz estupenda. ¡Habla que conmueve a las piedras! No lo he conocido personalmente hasta ayer y, palabra, sentí que se me venían las lágrimas a los ojos. Gracias que era casi de noche. Estaba sentado tranquilamente en un *compound*^[4] indígena. Delgadísimo y andrajoso. Le compré seis trajes blancos y dos pares de zapatos de cañamazo. No puedo pasarme sin un segundo de a bordo. Me hace falta alguien. Ahora mismo voy a tierra a firmar el contrato y me lo traeré a bordo para llevar anclas al momento. ¿Eh? Soy un loco. ¿Verdad que sí? Un disparate, ¿no? ¡Vamos, estalle de una vez! ¡Desahóguese! Quiero verle irritado.

Mostró tal deseo de verme escandalizado que me complací en exagerar la calma de mi actitud.

—Lo peor que puede achacársele a Schultz —comencé a decir, cruzando los brazos y con absoluta frialdad— es su extraña manía de robar cuanto encuentra en los barcos donde sirve. Y seguirá haciéndolo. Es su único defecto. No creo esa historia que anda contando el capitán Robinson de que Schultz conspiró en Chantabun con unos cuantos rufianes y que fueron en un junco chino a robar el ancla de la goleta *Bohemian Girl*. Esa historieta de Robinson resulta demasiado ingeniosa. Lo otro que se dice... que los maquinistas del *Nan-Shan* sorprendieron a Schultz a medianoche en la sala de máquinas arrancando a martillazos los cojinetes para venderlos en tierra... eso ya me parece más verosímil. Aparte de esta pequeña debilidad, puedo asegurarle a usted que Schultz es mejor marino que muchos que no han probado ni una gota de alcohol en toda su vida, y quizá no sea peor —moralmente hablando— que algunos conocidos de usted y míos, que jamás robaron ni por valor de un penique. Posiblemente no sea una persona muy grata para llevarla uno en su barco, pero si no tiene usted otra salida, creo que podría servir... Lo importante es entender su psicología. No le dé ningún dinero hasta que salga definitivamente del barco. Ni un céntimo, ¿eh?, aunque se lo pida con insistencia. Pues, en el mismo instante en que le diera usted dinero, empezaría a robar. Es fatal. No lo olvide.

Me hizo gracia la incrédula sorpresa de Jasper.

—¿Por qué diablo va a robar? —exclamó—. ¿Para qué? Vamos, hombre, ¿no me estará usted tomando el pelo?

—No; hablo en serio. Debe usted comprender la psicología de Schultz. No es un mendigo ni un buen sablista. No es capaz de ir buscando por ahí quien le pague unas copas. Pero suponga que va a tierra con cinco dólares en el bolsillo, o con cincuenta —para el caso es igual—: Después de la tercera o la cuarta copa se empieza a poner calamocano y a sentirse caritativo. Comienza a repartir el dinero y a invitar a la gente, se siente espléndido... Entonces se le ocurre pensar que aún queda mucha noche por delante y que han de consumirse muchas rondas —por él y sus amigos— antes del amanecer. En vista de ello, se dirige alegremente a su barco. Suele conservar muy firmes la cabeza y las piernas. Sube a bordo y agarra, por las buenas, lo primero que le parece conveniente: la lámpara de la cámara, un rollo de cabos, un saco de

bizcochos, un bidón de aceite... y, sin pensarlo dos veces, lo convierte en dinero. Este es el proceso, sencillamente. Sólo debe usted procurar que no se lance. Nada más.

—Al diablo con la psicología de Schultz —murmuró Jasper—. Un hombre con esa voz está hecho para hablar con los ángeles. ¿Cree usted que es incurable?

Le dije que sí. Nadie lo había denunciado aún, pero nadie aceptaba ya sus servicios. Mucho me temía que su final fuera morir de hambre en cualquier rincón.

—Bueno —reflexionó Jasper—, pero el *Bonito* no toca en puertos civilizados. Así, le será más fácil a Schultz no perder la cabeza.

Eso era cierto. El bergantín traficaba solamente por costas semisalvajes —regidas por bajaes de oscuro linaje—, por bahías desconocidas, por poblados indígenas a orillas de ríos misteriosos que abrían sus sombríos y selváticos estuarios entre arrecifes verde-pálidos y cegadores bancos de arena, por estrechos solitarios de agua azul e inmóvil reverberando al sol... El bergantín, solo, lejos de toda ruta frecuentada, se deslizaba —con su impecable blancura— burlando la amenaza sombría de los promontorios, ocultándose —silencioso como un fantasma— tras cualquier punta de tierra que cortase el mar como negra espada a la luz de la Luna. O bien, permanecía al paio, como un ave marina que durmiese, a la sombra de alguna montaña sin nombre. O quizá pudiera vérselo, inesperadamente, hendiendo con desdén las olas pequeñas, pero agresivas, del mar de Java, en días de niebla y marejada; o, allá muy lejos, muy lejos, como una motita blanca, abriéndose paso a través de las masas purpúreas de nubes tormentosas que se amontonaban en el horizonte. A veces, en las escasas rutas donde la civilización barre al misterio, exclamaban los ingenuos pasajeros de algún correo, apiñándose en la barandilla y señalando al *Bonito* con gran curiosidad; «¡Mirad, un yate!». Y el capitán, algún holandés, miraría el bergantín con hostilidad, gruñendo despectivamente: «¡Un yate! ¡Ca! Es el inglés Jasper. Un mercachifle de tres al cuarto...».

—¿Dice usted que es un buen marino? —insistió Jasper, pensando aún en el asunto de Schultz, el de la voz maravillosa y enternecedora.

—De primera. Pregúntele a cualquiera. Merece la pena contar con él... pero es un caso desesperado.

—Tendrá ocasión de reformarse en el bergantín —dijo Jasper, riendo—. Adonde voy esta vez no tendrá tentaciones para emborracharse ni para robar.

No le pedí más explicaciones. Como éramos tan íntimos, estaba al tanto de sus negocios.

Pero cuando íbamos a tierra en su esquife, me preguntó de pronto: «Oiga, ¿sabe usted por dónde anda Heemskirk?».

Lo miré de reojo y me tranquilicé. No me lo había preguntado como enamorado, sino como comerciante. Le dije que había oído decir que el *Neptuno* estaba de servicio por Flores y Sumbawa. Fuera completamente de su ruta. Se puso muy contento.

—¿Sabe usted? —continuó—. Ese individuo cada vez que viene por la costa de

Borneo se entretiene en destrozarme mis boyas luminosas. Puse por ahí algunas para ayudarme a entrar y salir en los ríos. A principios de este año lo estuvo presenciando un mercader de Célebes desde su proa. Lo vio lanzar el cañonero a todo vapor contra dos de ellas, haciéndolas trizas, y luego arrió un bote sólo para acabar con la tercera, que me costó gran trabajo volver a instalar, hace seis meses, para marcar la marea. ¿Ha visto usted una provocación semejante... eh?

—Yo no reñiría con ese tipejo —comenté con aparente indiferencia, aunque la noticia no me gustó nada—. No merece la pena.

—¿Pelear yo? —replicó Jasper—. No quiero reñir... No quiero estropearle ni un solo cabello de su horrible cabeza. Querido, cuando pienso en los veintiún años de Freya, todo el mundo es entonces amigo mío... incluso Heemskirk. De todos modos, es una diversión estúpida...

Nos separamos apresuradamente en el dique, pues ambos teníamos cosas urgentes de que ocuparnos. Me habría causado una honda impresión si hubiera sabido que aquel precipitado apretón de manos con un ¡Adiós, buena suerte!, era nuestra última despedida.

Cuando Jasper volvió a los Estrechos, estaba yo por otras rutas, y antes de mi regreso se había alejado otra vez. Trataba de realizar tres viajes antes del vigésimo primer cumpleaños de Freya. En la ensenada de Nelson también nos cruzamos. Llegué un par de días después de zarpar él. Freya y yo estuvimos hablando de «aquel loco» y «perfecto idiota» con gran aprecio y simpatía. La joven estaba radiante, con mayor alegría que de costumbre, a pesar de haberse despedido, hacía poco, de Jasper. Pero como aquella separación iba a ser la última...

—Váyase a bordo en cuanto pueda, Miss Freya —le insté.

Me miró a los ojos, coloreándosele algo las mejillas, y dijo en tono de ardorosa decisión:

—El mismo día siguiente.

¡Ah, claro! El día siguiente a aquel en que cumpliera los veintiún años. Me agradó su tono emocionado. Parecía haberse impacientado, por fin, con la espera que ella misma se había impuesto. Supuse que la reciente visita de Jasper influía mucho en su actitud.

—Muy bien —le dije—. Estaré mucho más tranquilo cuando sepa que se ha hecho usted cargo de ese alocado. No pierda ni un minuto. Él, por su parte, estará preparado en el momento preciso, a no ser que se hunda el firmamento.

—Sí. A no ser... —repitió pensativa, en un murmullo, elevando la vista al cielo vespertino limpio de toda nube. Permanecimos silenciosos un rato, mientras contemplábamos el mar que se extendía ante nosotros, y cuya calma tenía un cierto misterio— a la media luz, —como si se dispusiera confiadamente a involucrase en un sueño interminable, a través de la cálida noche tropical. Nos rodeaba una paz ilimitada, inacabable...

Entonces empezamos otra vez a hablar de Jasper. Estábamos de acuerdo en que su

nerviosismo era excesivo muchas veces. Afortunadamente, el bergantín lo resistía todo. Un barco adorable, decía Freya. Su padre y ella habían pasado una tarde a bordo del *Bonito*. Jasper los había invitado a tomar el té. Papá estuvo algo grosero... Me imaginé al viejo Nelson bajo el níveo velamen del bergantín, royendo su mortificación y abanicándose con el sombrero. Un padre de comedia... Como nuevo ejemplo de trastorno en Jasper, me dijo Freya que estaba consternado por no haber podido hacerse con pestillos de plata para todas las puertas de los camarotes. «¡Como que yo se lo iba a permitir!», comentó la muchacha con divertida indignación. Me enteré también, incidentalmente, de que Schultz, el cleptómano náutico de la voz patética, continuaba aun en su puesto, con el beneplácito de Miss Freya. Jasper había confesado a la dama de sus pensamientos su propósito de fortalecer la «psicología» de Schultz. Sí, claro. Todo el mundo era su amigo, porque Freya vivía en el mundo.

No sé a propósito de qué, nombré a Heemskirk, y, con gran asombro mío, se sobresaltó Freya al oírlo. Sus ojos expresaron cierta angustia, mientras se mordía los labios como para contener la risa. ¡Ah! Sí. Heemskirk había estado en el *bungalow* a la vez que Jasper. El cañonero llegó un día después que el bergantín y zarpó el mismo día que éste, pero unas horas más tarde.

—Debe de haber sido un fastidio para ustedes dos —dije, comprensivo.

Sus ojos me miraron con una especie de jocosidad temerosa —si cabe la expresión— y de pronto estalló en una carcajada: «¡Ja, ja, ja!».

Me contagió, pero mi «¡Ja, ja, ja!» no tuvo el mismo tono... ¡Ja, ja, ja!... ¿Verdad que era grotesco? Se me representó, además, la ridiculez de los ojos saltones del viejo Nelson, inútilmente feroces, en contraste con su actitud sumisa ante el teniente. Esta visión me produjo otro acceso de hilaridad.

—Parece —dije entre risas—, parece... ¡ja, ja, ja!... cuando está entre ustedes tres... parece un escarabajo desgraciado... ¡Ja, ja, ja!

Freya lanzó otra carcajada y de repente salió corriendo y, dando un portazo, se encerró en su cuarto, dejándome estupefacto. Automáticamente, se me cortó la risa.

—¿De qué se ríen ustedes? —preguntó el viejo Nelson, subiendo la escalerilla.

Entró, sentóse e infló los carrillos, tomando un aspecto de indescriptible fatuidad. Pero ya no me quedaban ganas de reírme. Y ¿a santo de qué —me pregunté— nos habíamos reído tan disparatadamente? De pronto me sentí deprimido.

Freya era quien había empezado. La chica está sobreexcitada, pensé. En realidad, se lo explicaba uno perfectamente.

No supe qué contestar al viejo Nelson, pero éste se hallaba demasiado resentido por la visita de Jasper para prestar atención a nada más. Llegó a pedirme que diera a entender a Jasper que no era vista con agrado su presencia en el grupo de las Siete Islas. Declaré que eso no era ya necesario. Por ciertas circunstancias que yo sabía, tenía la seguridad de que Jasper no lo molestaría de allí en adelante.

Dijo, muy serio: «¡Gracias a Dios!», y esto estuvo a punto de soltarme de nuevo la risa. Pero tampoco entonces se tranquilizó.

Por lo visto, Heemskirk se había hecho lo más desagradable posible en su última visita. El teniente había asustado muchísimo al viejo Nelson, manifestándole siniestramente su asombro de que el Gobierno permitiera a un blanco establecerse en aquella isla. «Esto va contra nuestro sistema colonial», había comentado. También lo acusó de no ser mejor que cualquier inglés. Incluso le echó en cara el no aprender el idioma holandés.

—Le dije que soy ya demasiado viejo para aprenderlo —suspiró Nelson (o Nielsen), con aire abatido—. Me replicó que hace mucho tiempo que debía saber el holandés. He estado ganándome la vida en las colonias holandesas y no he aprendido a hablar esa lengua. A él le parece esto muy mal. Me trató tan brutalmente como si yo hubiese sido un chino.

Estaba claro; el teniente lo había chinchorreado de lo lindo. No me contó cuántas botellas de su excelente clarete había sacrificado en aras de la conciliación. Debieron de beber sin parar. Pero es que el viejo Nelson (o Nielsen) era muy hospitalario. No reparaba en gastos. Lástima que derrochase esta virtud con el teniente comandante del *Neptuno*. Estaba deseando decirle que, muy probablemente, se vería también libre de las visitas de Heemskirk. No lo hice por el temor (absurdo, lo reconozco) de que pudiera hacerle sospechar algo. ¡Como si eso fuera concebible en este padre de comedia!

Lo más raro fue que Freya se mostró de acuerdo con su padre respecto a Heemskirk. Veréis. Durante la comida, habló Nelson del holandés hasta la saciedad. Yo acabé por lanzar entre dientes un: «¡Que se vaya al infierno el teniente!». Me di cuenta que la muchacha también estaba ya harta.

—No parecía estar bien, ¿verdad, Freya? —siguió diciendo el padre lamentándose—. Quizá por eso haya estado tan zahiriente, ¿eh, Freya? Tenía mala cara cuando se marchó tan de repente. Creo que no anda bien del hígado.

—No te preocupes, papá; ya se pondrá bueno —replicó Freya, impaciente—. Es muy probable que no vuelvas a ver Heemskirk por esta isla en mucho tiempo.

Me sonreí discretamente, y ella, al mirarme, no parecía tener ganas de bromas. Había palidecido notablemente en las últimas dos horas y los ojos se le habían hundido algo. Nos habíamos reído demasiado. ¡Sobreexcitada! Sobreexcitada por la proximidad del momento decisivo. Después de todo, por muy decidida que fuese y a pesar de la entereza de su carácter, no podía permanecer insensible ante un paso tan grave. La misma fuerza del amor que le había llevado a aquella situación delicada debió causarle también algunos remordimientos. Porque, la verdad, era una buena chica... y allí, al otro lado de la mesa, estaba el viejo Nelson (o Nielsen) contemplándola con sus ojillos saltones, y el cómico patetismo de su aspecto «feroz» era como para conmover al corazón más frívolo.

Se retiró pronto a su cuarto para provocarse el sueño a fuerza de repasar sus libros de cuentas. Nosotros dos nos quedamos en el pórtico una hora más, pero sólo hablamos de cosas sin importancia —alguna frase suelta de vez en cuando— como si

estuviéramos cansados de haber hablado tanto todo el día sobre un mismo tema. Sin embargo, había algo que podría Freya haber confiado a un amigo como yo. Pero se lo calló. Nos separamos en silencio. Por lo visto, desconfiaba de mi masculina carencia de sentido común. ¡Freya!

Cuando descendía por la vereda próxima al *bungalow*, vi surgir por entre las sombras de los matorrales una figura de mujer, aparición que me sobresaltó en el primer momento. Se deslizó hasta mí, desde una roca. Al instante pensé que no podía ser sino la criada de Freya, una mestiza, una portuguesa de Malaca... Estaba acostumbrado a ver por la casa —en visión momentánea— su rostro oliváceo y la deslumbrante blancura de sus dientes. También pude observarla a veces desde lejos, cuando se acomodaba bajo los árboles frutales —al alcance de la voz de sus amos— cepillando y trenzando sus largos mechones, negros como ala de cuervo. Parecía ser su ocupación predilecta en los ratos de ocio. A menudo, se habían cruzado entre nosotros gestos y sonrisas, e incluso algunas palabras. Era muy bonita. Y una vez, recuerdo que la vi hacerle burla a Heemskirk a espaldas de éste, y me hizo mucha gracia. Me enteré por Jasper que la doncella estaba en el secreto, como una típica camarera de comedia. Iba a acompañar a Freya a su paraíso. ¿Por qué estaría rondando de noche cerca de la ensenada? Debía de ser por algún amorío suyo... Pero ¿a quién podía querer en el grupo de las Siete Islas? Yo no sabía de nadie que pudiera convenirle. Me pasó por la cabeza que me estaba esperando a mí.

Vaciló —cubierta toda por un velo— fantasmal y tímida. Avancé hacia ella, y a nadie le importan las emociones que me embargaban en aquellos momentos.

—¿Qué hay? —dije muy bajo.

—Nadie sabe que estoy aquí —musitó.

—Y nadie puede vernos —susurré a mi vez.

Me llegaron, como un suspiro, las palabras: «¡Me asusté muchísimo!». En ese preciso instante nos sobresaltó una voz que procedía del pórtico —aún alumbrado—, a unos cuarenta pies sobre nuestras cabezas. Era Freya, que gritaba con voz clara e imperiosa:

—¡Antonia!

La mestiza contuvo una exclamación temerosa e, indecisa, desapareció senda arriba. Apagóse el leve ruido de los matorrales. Permanecí donde estaba, perplejo. Las luces del pórtico se apagaron. Esperé un poco más y luego seguí mi camino hasta el desembarcadero, aumentando sin cesar mi perplejidad.

Si recuerdo con tanto detalle aquella visita, es por haber sido la última que hice al *bungalow* de Nelson. Al llegar a los Estrechos encontré unos cablegramas que me obligaron a dejarlo todo plantado y regresar a Inglaterra. Estuve a punto de perder el correo del día siguiente, pero saqué tiempo para escribir dos breves cartas, una a Freya y otra a Jasper. Más tarde escribí ya extensamente, pero esa vez sólo a Allen. No tuve contestación. Conseguí localizar a un hermano de Allen —mejor dicho, hermano de padre solamente—, procurador en la ciudad, hombrecillo cetrino y

calmoso, que se me quedó mirando pensativo por encima de sus lentes.

Jasper era el único hijo del segundo matrimonio de su padre. Y los hijos —ya muy mayores— del primer matrimonio no lo acogieron con gran simpatía.

—Dice usted que no sabe de él desde hace un siglo —le repetí, fastidiado—. ¿Puede decirme qué tiempo ha durado ese siglo, poco más o menos?

—Lo único que sé —me respondió secamente— es que no me importa saber o no de él.

En realidad, no podía echarle uno en cara a Jasper el no escribir a un pariente tan grosero. Pero ¿por qué no me escribía a mí... un buen amigo, al fin y al cabo? Lo bastante amigo para atribuir su olvido de la amistad a un estado de éxtasis permanente. Esperé, con paciente indulgencia, pero no llegó nada. Y todo el Oriente pareció caer de mi vida sin un eco, como una piedra que cayera en un pozo de prodigiosa profundidad.

IV

Supongo que casi todo puede justificarse por motivos plausibles. Y, en teoría, ¿hay algo más digno de tenerse en cuenta que la decisión, por una jovencita, de no causar pena al «pobre papá» y su temor a que el hombre elegido por ella vaya a hacer cualquier barbaridad, algo que pueda echar por tierra toda la felicidad en perspectiva?

Nada más tierno ni más prudente. No hemos de olvidar el temperamento de la chica —tan segura de si misma— y la tendencia de casi todas las mujeres (me refiero a las mujeres sensatas) a no complicar estas cosas. Ahora veremos por qué se ha dicho lo anterior.

Ya sabemos que Heemskirk arribó a la ensenada de Nelson poco después de Jasper. Le puso de malísimo humor encontrarse con el bergantín. No saltó a tierra antes de tocar el ancla el fondo, como solía hacer Jasper. Al contrario, se estuvo paseando por el alcázar, rezongando, y, por fin, ordenó en tono irritado que arriasen un bote. La existencia de Freya —que elevaba a Jasper al séptimo cielo— era, en cambio, para Heemskirk motivo de íntimo tormento, que le exasperaba durante horas enteras. Al pasar junto al bergantín, voceó groseramente, preguntando si estaba a bordo el patrón. Schultz, muy elegante con su impecable traje blanco, se acodó sobre la barandilla de popa, pareciéndole bastante divertida la pregunta. Miró al bote de Heemskirk, y, con gesto humorístico, respondió modulando su hermosa voz lo más amablemente que pudo: «El capitán Allen está allá en la casa, señor». Pero su semblante cambió automáticamente de expresión al oír el salvaje berrido con que le pagaron aquel informe: «¿De qué demonios se está usted riendo?».

Schultz notó, desde el barco, que Heemskirk no se dirigió hacia el *bungalow* al desembarcar, sino que se encaminó por otro sendero hacia la plantación.

El holandés —aquel cautivo del deseo— encontró al viejo Nelson en sus secaderos, muy ocupado con la supervisión de las diversas manipulaciones a que era sometida la cosecha de tabaco. Esta, aunque reducida, era de excelente calidad. Nelson lo pasaba muy bien en estas tareas. Pero pronto le aguyó la fiesta Heemskirk. Sentóse junto al viejo, y haciéndolo a propósito, le fue hablando de todo lo que podía abatir su ánimo y trastornar sus nervios. Fue una horrible charla sobre las «autoridades», y el viejo Nelson intentó defenderse: si trataba con los traficantes ingleses era por darle salida a su cosecha. ¿Quién se la compraría, si no? Estuvo todo lo conciliador que supo, y esta misma mansedumbre pareció irritar más aún a Heemskirk, que ya venía tremendamente desenfrenado.

—Y el peor de todos ellos es ese Allen —gruñó el holandés—. Su amigo predilecto... ¿no? Usted ha acogido a un montón de esos ingleses... No debían haberle permitido a usted establecerse aquí... No, señor, nunca debieron... Y ¿qué hace ahora aquí ese individuo?

El viejo Nelson (o Nielsen) declaró, agitadísimo, que Jasper Allen no era amigo suyo. Ni pizca de amigo... ¡En absoluto! Le había comprado tres toneladas de arroz

para alimentar a los trabajadores de la plantación. ¿Podía afirmarse por esto que fuera su amigo? Heemskirk dejó escapar, por fin, el pensamiento que le roía las entrañas:

—Sí. Le vende a usted tres toneladas de arroz y flirtea tres días con su hija. Le hablo como amigo, Nielsen. Eso no le conviene, créame. Le puede reportar serios perjuicios.

El viejo Nelson se quedó petrificado al principio, pero enseguida se rehizo. ¡Claro que no le convenía! ¡Naturalmente! Desde luego, desde luego... El último hombre en quien pensaría él para una cosa así... Pero a su hija no le importaba ese tipo. Era demasiado juiciosa para enamorarse de nadie. Se esforzó por persuadir a Heemskirk de su propia convicción. Y el teniente, aunque mirase incrédulamente de reojo, se mostró muy dispuesto a creerlo.

—Me parece que está usted demasiado seguro —dijo, sin embargo.

—Lo estoy con razón —insistió Nelson, con tanta mayor desesperación cuanto que estaba luchando consigo mismo para aplastar las dudas que brotaban de su espíritu—. ¡Figúrese! ¿Cómo iba mi propia hija, y en mi misma casa... y yo no iba a saberlo? ¡Vamos, teniente, tendría gracia!

—Pues da la impresión de que están muy entusiasmados —comentó Heemskirk, mohíno—. Ahora seguramente estarán juntos —añadió. Y sus mismas palabras le bambolearon el corazón, de manera que la sonrisa burlona que fue a poner se le transformó en una mueca grotesca.

El acosado Nelson sacudió una mano en el aire. Estaba ya harto de una insistencia tan absurda.

—¡Bah! ¡Bah! Verá usted, teniente... ¿Sabe lo que va hacer? Pues ir a mi casa y echar un trago de ginebra como aperitivo. Pregunte por Freya. He de vigilar todavía mientras acaban de sacar el tabaco para que pase la noche al relente. Enseguida voy para allá.

A Heemskirk le pareció muy bien la idea. Esto coincidía con su más íntimo deseo, que no era, desde luego, deseo de beber. Cuando ya se alejaba, le gritó el viejo Nelson solícitamente que se considerase como en su casa... ¡Ah, en el pórtico encontraría una caja de *cheroots*!^[5] Se refería al pórtico que daba a Poniente, es decir, la «sala» de la casa, con persianas de palmas de la mejor calidad. La otra galería, la que él se reservaba para dar rienda suelta a sus gestos de cansancio y pensamientos sombríos, estaba dotada de fuertes cortinas de lona. La del lado norte no era, en verdad, galería ni pórtico, sino como un largo balcón. No comunicaba con las otras dos y, para llegar allí, era preciso pasar por un corredor que cruzaba la casa. Por eso era un sitio muy adecuado para las meditaciones amorosas de una muchacha, así como para esos diálogos sin sentido aparente, que al tener lugar entre un joven y una chica, adquieren mil nuevos significados.

Este gran balcón estaba enmarcado por enredaderas. Freya lo había convertido en una especie de *boudoir* para su uso particular, pues su habitación daba al balcón, y había instalado en él unas sillas de junco y un sofá de la misma clase. En este sofá se

hallaban Jasper y ella en aquel momento, sentados lo más juntos que pueda concebirse en este mundo imperfecto, donde un cuerpo no puede estar en dos sitios a la vez, ni dos cuerpos en un mismo sitio a un tiempo. Llevaban sentados toda la tarde y no afirmaría yo que su charla careciera de sentido. Naturalmente, Freya le hablaba juiciosamente, porque su amor hacia él no estaba exento de cierta inquietud por los extremos a que pudiera llevarlo su loco entusiasmo. Podría romperse el corazón contra alguna desgracia... El, brusco y nervioso cuando estaba lejos de ella, se calmaba con su presencia, con el asombro de verse tangiblemente amado. Hijo de un padre viejo, habiendo perdido a su madre de muy pequeño, y toda su vida en el mar, no estaba acostumbrado al cariño.

En este retiro, y a aquella hora vespertina, se inclinó ligeramente, y tomando en las suyas las manos de Freya, las fue besando una tras otra repetidas veces, mientras ella sonreía y miraba la cabeza inclinada de Jasper con mirada comprensiva, llena de ternura. En aquel preciso instante llegaba Heemskirk ante el lado norte de la casa.

Antonia estaba vigilando por esa parte. Pero no era buena vigía. El sol se ponía; sabía la doncella que su amita y el capitán del *Bonito* estaban a punto de despedirse, y se paseaba por entre los árboles. Llevaba una flor en el cabello y cantaba muy bajito, como para sí misma, cuando de repente apareció el holandés a un paso de ella, saliendo de detrás de un árbol. La mestiza dio un salto lateral, como un fauno espantado, pero Heemskirk, comprendiendo inmediatamente para qué estaba allí la mujer, se precipitó contra ella y, agarrándola por un brazo, le tapó la boca con su otra manaza.

—¡Si hace usted el menor ruido, le tuerzo el pescuezo!

Esta feroz amenaza aterró lo bastante a la criada. Heemskirk había podido ver perfectamente, arriba en la galería, la dorada cabeza de Freya muy cerca de otra cabeza. Fue tirando de la muchacha hasta alejarla suficientemente de allí. Al llegar cerca de las cabañas de bambú (para los criados), la soltó, dándole un empujón en dirección a aquéllas.

Aunque Antonia se parecía mucho a las fieles *cameriste* de la comedia italiana, esto no obsta para que el miedo la hiciera huir, muda, de aquel hombre achaparrado cuyas manos eran como garras, y cuyos ojos negros la aterraron. Temblando aún, y vacilando entre el llanto y la risa, lo vio desde lejos entrar en la casa por la puerta trasera.

El interior del *bungalow* estaba dividido por dos pasillos que se cruzaban a la mitad. Desde ese cruce pudo comprobar Heemskirk —sólo con volver un poco la cabeza a la izquierda— ese «entusiasmo» que Nelson se negaba rotundamente a admitir. El contraste de esa realidad con las aseveraciones del viejo era tan patente, que se le subió la sangre a la cabeza. Allí estaban las dos siluetas, perfilándose a contraluz, en una actitud inconfundible: los brazos de Freya rodeaban el cuello de Jasper. Sus rostros se fundían uno con otro, y Heemskirk siguió adelante con la garganta vibrante de maldiciones, hasta tropezar —al llegar al pórtico oeste— con la

primera silla que encontró, cayendo en otra como si de pronto le hubieran cortado las piernas. Se había acostumbrado demasiado a considerar a Freya como cosa suya, y pensó: «Ya veo, ya, cómo recibes a las visitas, so...», pero estaba tan rabioso que no encontró un insulto suficientemente fuerte y degradante.

Freya se apartó un poco de él, echando la cabeza hacia atrás.

—Ha entrado alguien —murmuró Jasper, estrechándola sobre su pecho y, mirándola a la cara, sugirió, a la casualidad:

—Tu padre.

Freya intentó separarse de él, pero le faltó valor para rechazarlo con las manos.

—Creo que es Heemskirk —susurró la chica.

Jasper, absorto en la contemplación extática de los ojos de ella, sonrió vagamente al oír dicho nombre.

—El burro ese sigue echándome abajo las boyas luminosas a la entrada de los ríos —murmuró. Eso era cuanto significaba para él la existencia de Heemskirk; pero a Freya lo que le preocupaba era si el teniente los habría visto o no.

—Déjame, querido —le ordenó en un bisbiseo apremiante. Jasper obedeció y, apartándose al instante, continuó contemplando desde otro ángulo el rostro de su amada—. Debo ir a ver... —dijo ésta como para sí y bastante inquieta.

Dijo a Jasper, apresuradamente, que esperase un momento después de marcharse ella, que pasara luego con cautela a la galería trasera y fumara allí un rato antes de presentarse en el otro pórtico.

—No te estés hoy demasiado tiempo —fue su última recomendación antes de marchar.

Entonces se dirigió Freya al pórtico oeste con su andar ingravido y rápido. Al llegar al extremo del pasillo, corrió las cortinas para encubrir la retirada de Jasper. En cuanto apareció la joven, Heemskirk se levantó de un brinco como si fuera a caer sobre ella. Freya se detuvo, y el holandés le hizo una profunda reverencia, muy exagerada.

A Freya la irritó esto.

—¡Oh! Es usted, señor Heemskirk... ¿Cómo está?

Hablaba en su tono normal. El no podía verle bien la cara en la penumbra del espacioso pórtico. No sabía qué decir, de rabia que tenía por lo presenciado... Y cuando la joven añadió, serenamente: «Papá volverá pronto», la calificó en silencio con los adjetivos más horribles, antes de mover sus labios contraídos por la ira:

—Ya he visto a su padre. Estuvimos charlando en los secaderos. Me dijo cosas muy interesantes. ¡Sí, mucho!

Freya se sentó. Pensó: «Desde luego, nos ha visto». No se sentía avergonzada. Lo que temía era cualquier complicación que pudiera derivarse de aquello. Pero no podía concebir hasta qué punto se había apropiado Heemskirk (mentalmente) de su persona. Trató de entablar una conversación superficial.

—Supongo que viene usted de Palembang, ¿no?

—¿Eh? ¿Qué? ¡Ah, sí! De Palembang, claro... ¡Ja, ja, ja! ¿Sabe usted qué me dijo su padre? Pues que le parece que se está aburriendo usted mucho aquí.

—Y me imagino que ahora irá usted rumbo a las Molucas —continuó Freya como si tal cosa, deseando, de camino, proporcionarle a Jasper una buena información. Además, le encantaba siempre saber de antemano que los dos hombres estaban separados por varios centenares de millas cuando ella no podía vigilarlos.

Heemskirk gruñó airado:

—¡Sí, sí... las Molucas! —Y miraba con ojos centelleantes a la borrosa figura de la mujer—. Su padre cree que esto es demasiado tranquilo para usted. Le diré la verdad, Miss Freya: en toda la tierra no hay un rincón, por muy tranquilo que sea, donde pueda una mujer encalabrinar a un hombre.

Freya pensó: «No debo dejar que me provoque». En ese momento entro el muchacho *tamil* —criado principal de Nelson— trayendo las luces. Freya se dirigió a él enseguida, dándole prolijas instrucciones sobre el sitio y manera de colocar las lámparas. Le ordenó, además, que trajera la bandeja con la ginebra y los *bitters*, y que hiciese venir a Antonia.

—Tendré que dejarlo solo, señor Heemskirk, un ratito...

Y después de estas palabras se fue Freya a su cuarto para cambiarse de vestido. El cambio fue rápido, pues deseaba hallarse en el pórtico antes de que su padre y el teniente volvieran a encontrarse. Confiaba en sí misma para dirigir la conversación de ambos hombres durante la tarde.

Antonia entró a verla y —aún aterrada e histérica— le mostró el magullamiento de su brazo, lo cual indignó a Freya.

—Saltó sobre mí como un tigre... así... del matorral —dijo la mestiza riendo nerviosa y con los ojos espantados.

—¡Qué bruto! —pensó Freya—. Entonces, nos estaba espiando.

Se puso furiosa, pero al representarse la rechoncha figura del holandés con sus pantalones blancos, anchos en la cadera y estrechos en las rodillas, con las charreteras y con aquella cabeza negruzca en forma de bala, mirándola irritado a la luz de las lámparas... le resultó tan cómica esta imagen, tan repulsivamente cómica, que no pudo evitar una mueca sonriente. Pero enseguida se alarmó. La absurda conducta de los tres hombres la preocupaba seriamente: la impetuosidad de Jasper, los temores del padre, el desmedido orgullo de Heemskirk... Como a los dos primeros los quería mucho, decidió desplegar toda su diplomacia femenina. «Todo esto —se dijo a sí misma— va a acabarse dentro de poco».

En el pórtico, Heemskirk, hundido en una silla con las piernas extendidas y apoyando sobre el estómago su gorra blanca, se dejaba arrebatarse por los ramalazos de su carácter atroz, tan incomprensible para una chica como Freya. Con la barbilla pegada al pecho, se miraba fijamente la punta de los zapatos. Freya lo estuvo observando por detrás de la cortina. No se movía. ¡Qué ridículo! Pero su absoluta inmovilidad resultaba impresionante. Freya se deslizó sigilosamente hasta la otra

galería donde estaba Jasper, sentado tranquilamente en la oscuridad y haciendo lo que le habían dicho, como un niño bueno...

—Psst —le silbó. Él acudió a su lado al instante y murmuró:

—¿Qué pasa?

—Es el escarabajo —susurró ella, intranquila. Pensando en la siniestra inmovilidad de Heemskirk, estuvo a punto de hacer saber a Jasper que los había visto. Pero como no tenía la seguridad de que Heemskirk se lo contara al viejo— y desde luego, no se lo iba a contar aquella misma tarde, —llegó rápidamente a la conclusión de que lo más prudente sería alejar a Jasper de allí lo antes posible.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Jasper en voz baja y reposada.

—Pues, nada... Nada. Está ahí sentado, con aire enojado. Pero ya sabes lo pesado que es; siempre fastidiando a papá.

—Tu padre es muy poco razonable —dictaminó Jasper.

—No sé... —replicó Freya en tono dubitativo. Se le había transmitido algo del pánico que inspiraban las autoridades al viejo Nelson. Claro, siempre junto a él...—. No sé; papá teme que lo reduzcan a la miseria; acabar sus días siendo un mendigo, como él dice. Mira, querido, lo mejor que harías sería marcharte mañana muy temprano.

Jasper había esperado pasar otra tarde con Freya; una tarde de serena felicidad con la chica a su lado y los ojos en el bergantín, haciendo proyectos para un futuro de bendición. Su silencio fue muy elocuente para expresar su desilusión y Freya lo comprendió muy bien. También estaba decepcionada. Pero a ella tocaba el ser juiciosa.

—No tendremos ni un momento para estar solos, mientras esté ese escarabajo arrastrándose por la casa —dijo Freya en voz baja y precipitadamente—. De manera que ¿para qué vas a quedarte aquí? Y no se irá, no, mientras el bergantín esté ahí anclado. Bien lo sabes.

—Debían denunciarlo por desatender su servicio —murmuró Jasper con una risita contrariada.

—Es preciso que zarpes al amanecer —le recomendó Freya.

La retuvo un rato, como buen enamorado. Le reconvino cariñosamente, pues se le hacía penoso rechazarlo. Él le murmuró al oído, mientras la abrazaba:

—La próxima vez que nos veamos, la próxima vez que te tenga así, será a bordo. Tú y yo, en el bergantín..., todo el mundo..., toda la vida —y entonces se disparó—: ¡No sé cómo podré esperar! Me parece que debería llevarte conmigo ahora mismo. Sería capaz de llevarte en mis brazos... por la senda abajo... sin tropezar ni una vez... sin pisar siquiera la tierra.

Freya permanecía inmóvil. Escuchaba la pasión de aquella voz. Decíase a sí misma que si pronunciaba el más leve sí, si suspiraba tan sólo, como consintiendo, era él muy capaz de llevársela. Y no pisaría siquiera la tierra. Cerró los ojos y sonrió en la oscuridad, abandonándose por un momento en una deliciosa embriaguez entre

los brazos que la rodeaban. Pero antes de que pudiera sentir él la tentación de estrechar el abrazo, ya estaba Freya a un paso de él y en plena posesión de sí misma.

Así era el carácter de Freya. Pero la conmovió el profundo suspiro que le llegó flotando desde la blanca figura de Jasper, quien no se movió.

—Eres un loco —dijo, trémula. Y cambiando de tono—: Nadie me podría raptar. Ni siquiera tú. No soy de esas chicas que se hacen raptar. —La misma energía con que pronunció estas palabras la asustó un poco y añadió, con ternura: —¿No te basta saber que ya... que me has raptado ya?

El murmuró algo muy cariñoso, y ella continuó:

—Te lo he prometido... Ya te dije que iría... y, cuando llegue ese instante, iré por mi propia voluntad. Me esperarás a bordo. Subiré sin ayuda, y me acercaré a ti por cubierta, diciéndote: «Aquí estoy, querido». Y entonces, entonces me llevarás por ahí... Pero no me llevará ningún hombre... Será el bergantín, tu bergantín... nuestro bergantín... ¡Cómo me entusiasma lo bello!

La joven oyó un sonido inarticulado; algo como un gemido, y se escabulló. No cabía olvidar que estaba aquel otro hombre en el otro pórtico, el negruzco holandés que podía atirantar las relaciones entre el viejo y Jasper, motivando una discusión violenta, insultos y quién sabe si hasta golpes. Había que evitarlo. ¡Qué situación tan horrible! Pero, aun descartando ese extremo horroroso, se le hacía insoportable la idea de tener que vivir unos tres meses junto a un hombre absurdo, enajenado y atormentado... Y ¿qué haría si, al llegar el día y la hora señalados, trataba su padre de retenerla a la fuerza? La cosa no era imposible. ¿Iba a luchar con él? Pero lo que más la asustaba era la perspectiva de recriminaciones y súplicas. ¿Podría aguantarlas? ¡Qué situación tan odiosa, cruel y ridícula podía ser aquélla!

—No ocurrirá nada de eso. Éste no dirá una palabra —pensó cuando vio a Heemskirk muy quieto en la silla, al reaparecer rápidamente en el pórtico. El ofendido teniente no había cambiado de postura; sólo que se le había caído la gorra al suelo. Fruncía el ceño, uniendo sus gruesas cejas negras mientras la miraba por el rabillo del ojo. Sus miradas de reojo, su nariz ganchuda y toda su voluminosa e informe persona, formaban un conjunto tan cómico para Freya, que a pesar de lo descompuesta que estaba, no pudo evitar el sonreírse. Hizo cuanto le fue posible para imprimir a aquella sonrisa un carácter conciliatorio. No quería provocar a Heemskirk innecesariamente.

Y el teniente, al notar la sonrisa, se ablandó. Nunca le entró en la cabeza que su aspecto —un oficial de marina con uniforme— pudiera parecer ridículo a aquella chica sin posición social... la hija del viejo Nelson. Aún lo irritaba y excitaba el recuerdo del abrazo de Freya a Jasper. «¡Vaya una picarona! —pensó—. Conque ahora sonrías, ¿eh? Ya veo que te gusta divertirme. ¡Cómo engañas a tu padre! Se conoce que te gustan estas cosas. Bueno, pues vamos a ver...». No cambió de posición, pero sus labios esbozaron una sonrisa cínica, de mal agüero, mientras volvía a contemplarse las botas.

Freya venía indignadísima. Sentóse —¡qué hermosa estaba!— a la luz de la lámpara, con las manos cruzadas sobre el regazo... «¡Qué tipo, tan odioso!» pensó. Se le arreboló el rostro de súbita ira.

—Ha asustado usted a mi criada —dijo en voz alta—. ¿Qué mosca le picó a usted?

Heemskirk estaba pensando en ella con tal intensidad que el sonido de su voz al pronunciar esas palabras inesperadas, le sobresaltó tremendamente. Levantó la cabeza de golpe, y se quedó mirando a la joven con ojos tan pasmados, que ésta insistió, impaciente:

—Me refiero a Antonia. Le ha lastimado usted un brazo. ¿Por qué lo hizo?

—¿Quiere usted reñir conmigo? —preguntó con voz pastosa. Guiñó los ojos como un buho. Tenía gracia. Freya, como todas las mujeres, poseía un agudo sentido de lo ridículo en el aspecto de los demás.

—No, hombre, no creo.

Y no pudo contenerse. Soltó una sonora carcajada, clara y nerviosa, a la que se unió Heemskirk de pronto con un bronco «¡ja, ja, ja!».

Se oyeron en el pasillo voces y pasos, y Jasper apareció acompañando al viejo Nelson. Éste miró a su hija satisfecho, pues le gustaba que pusiera de buen humor al teniente. También él se sumó al ataque de hilaridad. «¡Y ahora, Teniente, a ver si comemos!», dijo frotándose alegremente las manos. Jasper se había ido derecho a la balaustrada. El cielo estaba salpicado de estrellas y, en la noche azul y aterciopelada, adquiriría la ensenada una negrura más intensa, en la que brillaban —como chispas colgantes— las luces del bergantín y del cañonero. Cuando esas luces vuelvan a brillar ahí, estaré esperándola a bordo, y me dirá al llegar: «Aquí estoy», pensaba Jasper, y parecía hinchársele el corazón en el pecho, con la felicidad que lo invadía y que estuvo a punto de hacerlo gritar. No hacía viento. No se movía ni una hoja por allí abajo. El mismo mar no era sino una sombra muda. Muy lejos, en el cielo sin nubes, zigzagueaban pálidos relámpagos —los relámpagos del calor tropical— marcando su juego trémulo por entre las estrellas —tan cajas— con fogonazos brevísimos y que se sucedían misteriosamente unos a otros, como si estuvieran haciendo unas señales incomprensibles allá en algún planeta, a incalculable distancia.

La cena transcurrió en calma. Freya sentóse frente a su padre, tranquila, aunque pálida. Heemskirk —forzando sus deseos— sólo habló con el viejo Nelson. La conducta de Jasper fue ejemplar. Se controló los ojos, disfrutando de la proximidad de Freya, como la gente que toma un baño de sol disfruta de éste sin mirarlo. Y poco después de terminar la cena, dijo tener que irse ya a bordo.

Heemskirk no levantó la vista. Atrincherado en la mecedora, y fumando un *cheroot*, parecía meditar siniestramente alguna fechoría. Así por lo menos creía Freya. El viejo Nelson dijo enseguida: «Bajaré con usted». Había comenzado con él una conversación profesional sobre los peligros de la costa de Nueva Guinea, y quería relatar a Jasper sus experiencias «por allí». ¡Jasper sabía escuchar tan bien!

Freya fue a acompañarlos, pero su padre frunció el ceño, meneó la cabeza e hizo un gesto muy significativo en dirección a Heemskirk, el cual, con los ojos entornados y los labios hacia fuera, lanzaba grandes bocanadas de humo. El teniente no debía quedarse solo. A lo mejor, se ofendía. Freya obedeció estas indicaciones mudas. Y pensó: «Quizás sea mejor que me quede». Las mujeres no suelen sentirse dispuestas a revisar su propia conducta, y aún menos a condenarla. Los absurdos de la conducta masculina motivan en gran parte esta ética. Pero, al mirar a Heemskirk, sintió Freya pesar y hasta remordimiento. La voluminosa persona del teniente sugería la idea del hartazgo, pero en realidad había comido muy poco. En cambio, sí había bebido copiosamente. Los carnosos lóbulos de sus orejas —grandes y desagradables—, con unos cercos doblados y profundos, se habían puesto carmesíes. Parecían arder junto a las cetrinas y lisas mejillas. Estuvo un gran rato sin levantar los párpados, pesados y morenos. Era humillante hallarse a merced de semejante individuo. Y Freya, que siempre acababa siendo franca consigo misma, pensó pesarosa: «¡He debido decírselo todo a papá desde el principio! Pero, en ese caso, ¡me hubiera hecho la vida imposible!». Sí. Los hombres eran absurdos de manera diversa: adorables, como Jasper; imposibles de convencer, como papá; odiosos, como aquel ser grotesco que se repantigaba en la mecedora. ¿Era posible ponerse a hablar con él? Y, en realidad, ¿era necesario? «¡Oh! No puedo hablarle», pensó. Y cuando Heemskirk, que seguía sin mirarle, empezó a aplastar resueltamente su cigarro a medio fumar en la bandeja del café, Freya se alarmó y, deslizándose hasta el piano, lo abrió con una prisa tremenda y se puso a tocar aún antes de haberse sentado.

En un instante, empezó a vibrar el pórtico, y todo el *bungalow* se llenó de una resonancia estruendosa y confusa. Pero Freya pudo oír, a través de la música, los pasos pesados y arteros del teniente, que la rondaba. No estaba precisamente borracho, pero sí lo suficientemente calamocano para creer factibles las sugerencias de su excitada imaginación. Freya, al darse cuenta de que se había parado detrás de ella, siguió tocando sin volver la cabeza. Tocaba con sentimiento y brío una composición «feroz». Pero, cuando oyó que le hablaba, la joven se quedó helada. El efecto se lo producía la voz, no lo que dijera. La insolente familiaridad de su tono la desconcertó tanto, que al principio no pudo comprender qué le decía. Además, hablaba con voz pastosa.

—Ya me lo imaginaba... Desde luego, sospechaba algo de lo que se traía usted entre manos. No soy un crío. Pero de sospechar a ver —a ver, ¿me entiende usted?— hay una diferencia enorme. Estas cosas... ¡Vamos, que uno no es de piedra! Y cuando un hombre ha estado pensando en una mujer día y noche... como yo en usted... entonces, claro... Pero yo soy un hombre de mundo. Aquí debe usted aburrirse muchísimo. Oiga, ¿no le daría igual dejar tranquilo a ese maldito piano?

Esta última frase fue la única, en realidad, que pudo entender la joven. Movié la cabeza negativamente, y, desesperada, pisó el pedal amplificador sin conseguir cubrir con el sonido del piano la voz tonante del hombre.

—Lo que me extraña es que haya ido usted a fijarse... Un vulgar patrón inglés, un tipo de lo más corriente... Son gente baja, unos «caraduras» que infestan estas islas. ¡Yo acabaría pronto con toda esa morralla! En cambio, tiene usted aquí un buen amigo, un caballero dispuesto a adorarla, a ponerse a sus pies —sus lindos pies—, un oficial, un hombre de buena familia... No se lo explica uno, ¿verdad? Pero ¡qué digo un oficial... un príncipe se merece usted!

Freya no volvió la cabeza. Se le puso rígido el rostro de horror e indignación. Esta aventura sobrepasaba su noción de lo posible. Su carácter no le permitía dar un brinco y salir corriendo. Además, le parecía que si se movía, vaya usted a saber lo que podría ocurrir. Pronto volvería su padre y, entonces, el otro tendría que irse. Era mejor hacerse la desentendida. Siguió tocando muy fuerte y correctamente, como si estuviera sola, como si Heemskirk no existiera. Esta táctica lo irritó.

—¡Déjese usted de tonterías! A su padre podrá usted engañarlo —gritó, airado—, ¡pero a mí no me toma usted el pelo!... Deje ya de hacer ese ruido infernal... ¡Freya... Oiga! ¡Miren esta diosa escandinava del amor! ¡Deje eso! ¿Me oye? De eso está usted hecha... de amor. Pero los dioses paganos son sólo demonios disfrazados... y eso es usted también, un diablillo encubierto. ¡Pare de tocar o la levanto a usted del asiento!

De pie a su espalda, la devoraba con los ojos, desde la dorada corona de su cabeza hasta los tacones de los zapatos, recorriendo la línea de sus hombros —tan bien contorneados— y las curvas de su hermoso busto, levemente inclinado sobre el teclado. Tenía puesto un vestido muy ligero; las mangas llegaban sólo a los codos y se ajustaban con unos lacitos de encaje. Una cinta de satén le ceñía la cintura. En un acceso de irresistible deseo, a la desesperada, la cogió por la cintura... y la música se paró por fin. Pero por muy rápidamente que huyera de este contacto (el taburete del piano salió rodando) los labios de Heemskirk, buscándole el cuello, depositaron un beso restallante y hambriento debajo de una oreja. Siguió un profundo silencio. Luego, se echó a reír el teniente, y su risa sonaba a hueca.

Le desconcertó bastante el rostro pálido e inmóvil de la muchacha, y la mirada de sus ojos —de un violeta claro— terriblemente fijos en él. No había pronunciado ni una palabra. Allí estaba, frente a él, apoyándose en un extremo del piano con una mano extendida. Con la otra se frotaba mecánicamente, y con insistencia, el lugar que tocaron los labios del holandés.

—¿Qué le pasa? —dijo éste, ofendido—. ¿Se ha asustado? Mire, vamos a dejarnos de tonterías. No va usted a hacerme creer que un beso la asusta tanto... Sé por qué lo digo... No quiero ser el único que se quede en un rincón, pasando frío.

La había estado mirando a la cara con tal insistencia, que no podía distinguirla ya con claridad. Todo se le aparecía, a su alrededor, bastante neblinoso. No se acordó que el taburete estaba tumbado en el suelo y tropezó con él. Dio un paso atrás y dijo en tono conciliatorio:

—Es lo natural, mujer... Siempre se empieza con unos cuantos besos...

No pudo decir, más, porque recibió un golpe tremendo en la cabeza, acompañado de un sonido explosivo. Freya había volteado con tal fuerza su brazo redondo y vigoroso, que el impacto de la palma de su mano sobre la mejilla del individuo hizo dar a éste media vuelta. Con un débil y bronco aullido, se llevó el teniente ambas manos a su mejilla izquierda, que tomó de pronto un tinte rojizo, como de ladrillo. Freya, muy erguida, con sus ojos violeta oscurecidos, temblándole aún la mano a consecuencia del golpe y con una sonrisa contenida —reflejando audacia— que descubriría un débil destello de la blancura de sus dientes, oyó los pasos rápidos de su padre que subía por el sendero situado bajo el pórtico. Su semblante perdió la animosidad que reflejaba y reveló una sincera preocupación. Lo sentía por su padre. Se agachó rápidamente para poner bien el taburete, como si le inquietase dejar huellas... Pero de poco iba a servir eso. Había vuelto a la actitud anterior, con una mano apoyada levemente en el piano, antes de que el viejo Nelson hubiera terminado de subir las escaleras.

¡Pobre padre! ¡Qué furioso se iba a poner! ¡Cómo lo trastornaría aquello! Y después, ¡cuántas recriminaciones, cuánta desdicha! ¿Por qué no había sido franca con él desde el principio? La mirada atónita de sus ojos saltones le llegó a lo vivo. Pero no la miraba a ella. Se fijaba en Heemskirk, quien, volviéndole la espalda y con las manos aún en la cara, lanzaba maldiciones entre dientes y (Freya lo veía de perfil) la miraba resentido con un ojo sombrío y perverso.

—¿Qué ocurre? —preguntó el viejo Nelson, asombradísimo. Su hija no le contestó. Pensó en Jasper— que estaría en el puente de su bergantín, contemplando las luces del *bungalow* —y sintió miedo. Era una suerte que por lo menos uno de ellos estuviera a bordo. Hubiera sido una dicha completa que Jasper estuviera ya a un centenar de millas. Y, sin embargo, no estaba muy segura de desearlo. Si Jasper hubiera reaparecido misteriosamente en el pórtico en aquel mismo instante, Freya habría tirado por la borda toda su energía y autodominio, y se habría arrojado en brazos de él.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —insistió el inocente Nelson, perdiendo la paciencia—. Hace un momento estabas tocando una canción y ahora...

Freya, a quien se le había cortado el habla por temor a lo que podía ocurrir (además, la fascinaba la mirada tenebrosa y malvada de aquel hombre), se limitó a señalar con la cabeza hacia el teniente, como diciendo a su padre: «¡Fíjate en él!».

—¡Ah, sí! —exclamó el viejo Nelson—. Ya veo. Pero, qué diantre...

Entretanto, se había acercado cautamente a Heemskirk, el cual, prorrumpiendo en imprecaciones incoherentes, pataleaba de ira. La vergüenza de la bofetada, la rabia de no haber conseguido su propósito, el ridículo de la situación y la imposibilidad de vengarse, le enloquecían hasta tal punto que sentía impulsos de aullar.

—¡Oh, oh, oh! —bramaba, dando patadas en el suelo del pórtico. A cada paso que daba, parecía querer atravesar el suelo con el pie.

—Pero... ¿qué le ha pasado en la cara? —preguntó, atónito, el viejo Nelson. De

repente, se hizo la luz en su espíritu inocente—. ¡Por Dios! Trae aguardiente, Freya... ¿Suele pasarle a menudo, teniente? Es atroz, ¿verdad? Yo lo sé por experiencia. Antes, me volvía loco cuando me daba... ¡Ah! Freya, trae también el frasco de láudano que hay en el botiquín. Parece que tiene mal cariz... Pero, Freya, ¿no ves que le duelen las muelas?

Y, en realidad, ¿qué otra explicación podía haberle encontrado a aquello el cándido Nelson, que veía Heemskirk acariciarse una mejilla con ambas manos, y era testigo de todas aquellas miradas furibundas y de un pataleo salvaje? Para averiguar la verdadera causa se habría necesitado una agudeza sobrenatural. Freya no se había movido. Sostenía la furiosa mirada de Heemskirk, fija en ella. «¡Ajajá, lo que quieres es que te dejen solo!», pensó la joven. Y siguió mirándolo. Pero la tentación de acabar con aquella situación se le hacía irresistible. Hizo que sí con la cabeza —casi imperceptiblemente— y se escabulló del pórtico.

—¡Date prisa con el aguardiente! —gritó el viejo Nelson, cuando desapareció su hija por el pasillo.

Heemskirk alivió su estado de ánimo con una súbita retahíla de maldiciones en holandés e inglés, dirigidas a la que acababa de marcharse. Estaba rabioso, dando vueltas por el pórtico como un león enjaulado y tirando al suelo las sillas a patadas. Mientras, Nelson (o Nielsen), a quien conmovían estos síntomas de lacerante dolor, se afanaba alrededor de su querido (y temido) teniente como una gallina vieja en torno a un polluelo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Tanto le duele? Sé muy bien lo que es eso. Mi pobre mujer se asustaba, muchas veces, al ver cómo me ponía. ¿Le da con frecuencia, Teniente?

Heemskirk lo empujó de mala manera con un hombro, riendo como un demente. Pero este solícito anfitrión no se daba por ofendido: un hombre fuera de sí a causa de un espantoso dolor de muelas no es responsable de sus actos.

—Vaya a mi cuarto, Teniente —le indicó—. Échese en mi cama. Verá usted qué pronto le aliviemos eso.

Cogió al pobre paciente por un brazo y fue tirando de él suavemente hasta la cama, en la que se tiró Heemskirk —en un nuevo acceso de rabia— con tal fuerza que rebotó en el colchón a un pie de altura.

—¡Vaya, por Dios! —exclamó Nelson, aterrado, y salió al instante en busca del aguardiente y el láudano, muy irritado por la calma con que se atendía a los tormentos de su inapreciable invitado. Acabó trayendo él mismo los remedios.

Media hora después, le sorprendió oír al pasar por el corredor unos sonidos débiles y espasmódicos de misteriosa naturaleza, algo así entre sollozos y risas. Frunció el entrecejo; luego, dirigiéndose derecho al cuarto de su hija, llamó a la puerta.

Freya, con el hermosísimo cabello rubio enmarcándole su pálido rostro y cayéndole fluvialmente a lo largo de una bata azul oscuro, entreabrió la puerta.

La habitación estaba débilmente iluminada. Antonia, acurrucada en un rincón, se balanceaba atrás y adelante, exhalando leves gemidos. El viejo Nelson no tenía gran experiencia de la variedad de risas femeninas, pero estaba seguro de que allí se habían reído.

—¡Eso está muy mal! ¡Muy mal! —dijo, con enorme disgusto—. No le veo la gracia a que un hombre esté sufriendo de esa manera. Yo creía que una mujer... una jovencita...

—¡Era tan cómico! —murmuró Freya, cuyos ojos brillaron extrañamente en la semioscuridad del pasillo—. Además... ¿sabes?, no me gusta ese hombre —añadió en un tono inseguro.

—¡Cómico! —repitió el viejo Nelson, asombrado ante esta prueba evidente de insensibilidad en una persona tan joven—. ¡Que no te gusta! ¿Quieres decir que, sencillamente porque no te gusta, te puedes permitir...? Pero ¡eso es de lo más cruel! ¿No sabes lo terrible que es un dolor de muelas? Se dice que ha habido perros que se volvieron locos con ese dolor.

—Sí, eso parece: que se ha vuelto loco —dijo Freya con un esfuerzo, como si estuviera luchando contra algún sentimiento oculto.

Pero su padre se había disparado ya:

—Además, sabes muy bien que se da cuenta de todo. Es muy susceptible y se ofende por cualquier insignificancia —en esto es muy holandés—, y me interesa muchísimo conservar su amistad. Puede ocurrir, hija mía, que a ese rajá nuestro se le antojara cometer cualquier desaguisado —ya sabes que es un miserable rebelde—, y si a las autoridades se les mete en la cabeza que yo no he sabido ejercer una saludable influencia sobre él, pues... te encontrarás sin un mal techo que te cobije.

Freya, no muy segura, exclamó:

—¡Qué tontería, papá!

Entonces pudo descubrir que su padre estaba tan enfadado que era capaz hasta de ironía. Sí, ¡el viejo Nelson (o Nielsen) diciendo ironías! Bueno, sólo un poquito:

—Naturalmente, si cuentas con medios propios.. Una mansión por ahí, alguna plantación de que yo no tenga ni idea... —Pero no era capaz de ironía sostenida—. Te digo que me van a echar de aquí —murmuró con dificultad— y, además, sin indemnización... Eso por descontado. Conozco a esos holandeses. Y el Teniente es la persona más indicada para poner en marcha el asunto. Cuenta con los funcionarios más influyentes. Yo no podría ofenderlo por nada de este mundo... ¿Eh? ¿Qué has dicho?

Había sido sólo un sonido inarticulado. Si Freya hubiera pensado —o medio pensado— contárselo todo, lo habría hecho en esta ocasión. Pero no; era imposible, tanto por su propia dignidad, como en atención a la tranquilidad de espíritu de su pobre padre.

—No creas que yo le tengo gran simpatía —confesó el viejo Nelson en tono apagado, casi suspirando—. Ahora está más tranquilo —añadió, tras un silencio—.

Le he cedido mi cama para que pase la noche. Dormiré en mi galería, en la hamaca. No, desde luego, tampoco a mí me gusta; pero de eso a reírme de un hombre porque está rabiando de dolor... es muy distinto. Me has sorprendido, Freya. Tiene una mejilla colorada, colorada...

La joven agitaba convulsivamente los hombros bajo las manos de su padre posadas en ellos. Su hirsuto bigote, pinchante como un puercoespín, le arañó la frente al besarla para despedirse. Freya cerró la puerta, y hasta que no volvió a estar en el centro de la habitación, no se permitió soltar la risa. Pero era ya una risa cansada.

—¡Colorada! ¡Colorada! —repetía—. ¡Naturalmente!

Tenía húmedas las pestañas. Antonia, en su rincón, gemía y risoteaba, y no podía decirse dónde terminaban los gemidos para empezar la hilaridad.

El ama y la criada habían pasado un buen rato de histerismo, pues Freya, cuando se encerró en su habitación, encontró allí a Antonia y se lo contó todo.

—¡Te he vengado, muchacha! —exclamó.

Y luego rieron ambas a sus anchas, interrumpiéndose con advertencias: «Sss, ¡más bajo! ¡No chilles!...»; y por otra parte, con intermedios de «¡Qué miedo tengo!», «Es un hombre perverso», y otras frases por el estilo.

Antonia temía muchísimo a Heemskirk. Lo temía por su aspecto físico, por sus ojos y sus cejas, por su boca, su nariz y sus brazos. Era lógico. Y lo creía un malvado porque, a sus ojos, tenía cara de malo. Nada más sensato que esta opinión. En la penumbra de la habitación —sólo una mariposa ardía a la cabecera del lecho de Freya— se fue arrastrando la criada hasta quedar a los pies de su cama, suplicándole sollozante:

—Allí está el bergantín. El Capitán Allen. Escapemos enseguida. ¡Huyamos! ¡Tengo tanto miedo! ¡Vamos! ¡Vamos!

—¿Yo? ¿Huir yo? —pensó Freya, sin mirar siquiera a la aterrorizada muchacha—. ¡Nunca!

Ninguna de las dos durmió bien aquella noche, ni el ama —tan segura de sí misma— ni la criada, asustadísima, que la pasó en una alfombra, a los pies de la cama. A Freya la velaba el mosquitero. Quien no durmió en absoluto fue el teniente Heemskirk. Pasó la noche en vela, con los ojos despidiendo venganza en plena oscuridad. Se sucedían en su mente encendidas imágenes y humillantes reflexiones, que alimentaban su ira y la incrementaban. ¡Vaya un lío en que se había metido! Pero había que cortar por lo sano y tragarse en silencio el ultraje. ¡Bonita historia! La chica le había tomado el pelo, lo manejó como quiso y encima le dio una bofetada. Además, era muy posible que también el padre le hubiera tomado el pelo. No, eso no. Nielsen era sólo otra víctima de aquella desvergonzada, aquella mentirosa, que reía y besaba...

—No, Nielsen no me ha engañado a sabiendas —pensó el atormentado teniente—. Pero me gustaría hacérselo pagar por ser un imbécil semejante...

Bueno, más adelante se ocuparía de él. A lo que estaba firmemente decidido era a

marcharse de la casa en cuanto amaneciera. No se creía capaz de enfrentarse con Freya sin perder los estribos.

—¡Fuego y perdición! ¡Diez mil diablos! ¡Voy a asfixiarme aquí si no pasa pronto la noche! —se dijo entre dientes, tendido boca arriba, y muy rígido, en la cama del viejo Nelson. Respiraba con ansia.

Se levantó al alba y entreabrió la puerta cautelosamente. Le alarmó oír en el pasillo unos débiles sonidos, y ocultándose, vio salir a Freya. Esta inesperada aparición le inmovilizó tras la puerta. Por el resquicio —que, a pesar de ser estrechísimo, dominaba un extremo del pórtico— pudo ver a Freya, que se dirigió apresuradamente a ese extremo para contemplar desde allí la salida del bergantín. Llevaba puesta su bata oscura; y traía descalzos los pies, pues se había quedado dormida poco antes de amanecer y tuvo que salir corriendo por miedo a llegar tarde. Heemskirk no la había visto así nunca, con el cabello hacia atrás —colgándole por la espalda en una gruesa trenza rubia— y con ese aire de extremada juventud, con tal intensidad anhelosa... Primero se quedó pasmado; luego rechinó los dientes. No se sentía con valor para ponerse ante ella. Masculló una maldición y se estuvo quieto tras la puerta.

Cuando la joven vio que el bergantín navegaba ya, exhaló un «¡Ah!» que era casi un suspiro, y descolgó el catalejo de su padre, de unos soportes que lo sujetaban a la pared. Como estaba a bastante altura, tuvo que estirarse mucho y la amplia manga de la bata le resbaló, descubriendo la blancura de su brazo hasta el hombro. Heemskirk, aferrándose al pestillo, como si fuera a arrancarlo, sentíase como un hombre a quien acababan de despertar de una borrachera.

Y Freya tenía la impresión de que él la estaba mirando. Lo sabía. Vio moverse la puerta al salir del pasillo. Sentía la mirada que se apoyaba en sus espaldas, y experimentaba un frío desprecio, un desdén triunfante.

—Estás ahí —pensó, mientras graduaba el catalejo—. Buenos, ¡pues sigue mirándome!

Las verdes islitas parecían sombras muy negras. El mar ceniciento presentaba una suavidad cristalina. La diáfana vestidura del alba incolora —en la que hasta el bergantín se ensombrecía— tenía ya hacia Oriente una franja de luz clara. Freya descubrió enseguida a Jasper, en cubierta, observando también con su catalejo en dirección al *bungalow*. Entonces, la muchacha, dejando a un lado el suyo, elevó sus bellos brazos —tan blancos— por cima de su cabeza. Se inmovilizó en esta actitud de supremo adiós, radiante, con la sensación de estar recibiendo en el rostro las oleadas de adoración que le enviaba Jasper; en el rostro que él captaba en su cristal, allá lejos. Y también la encendía el sentimiento de ser objeto de otra pasión, la malvada pasión que irradiaban los ojos quemadores y ansiosos del otro, fijos en su espalda. Entre el fervor amoroso que la animaba y el capricho de su mente, y con ese misterioso conocimiento de la naturaleza masculina que suele ser innato en las mujeres, pensó Freya:

—Me estás mirando... ¡Sigue, sigue; tienes que mirarme! ¡Verás algo interesante!

Llevóse ambas manos a los labios, y luego las hizo ondear en el aire, para que el beso cruzara el mar, y como si quisiera enviar su corazón tras el beso para que ambos cayeran en la cubierta del bergantín. Su rostro se arrebolaba y sus ojos despedían destellos. Aquel gesto, repetido y apasionado, parecía estar flechando centenares de besos, incansablemente, mientras el sol —que se elevaba lentamente— devolvía al mundo, como cada mañana, su espléndido colorido. Y las islitas volvían a ser verdes, y el mar recobraba su azul; el bergantín era otra vez blanco —cegadoramente blanco, con la tremenda blancura de sus alas desplegadas— y su banderín rojo flameaba como una llamita. Y cada vez decía Freya, en un murmullo que iba elevándose de tono: «Toma éste... y éste... y éste...», hasta que de repente dejó caer ambos brazos.

Había visto la señal que le hacía el banderín —arriado momentáneamente— y muy poco después el promontorio ocultó el casco del bergantín. Entonces, se alejó de la balaustrada y, pasando muy despacio ante la puerta del cuarto de su padre, con los ojos entornados y semblante enigmático, desapareció tras la cortina. Pero en vez de continuar por el pasillo, se ocultó, permaneciendo inmóvil al otro lado para ver qué ocurría. Durante un rato siguió vacío el amplio pórtico. Luego, se abrió de repente la puerta del cuarto del viejo Nelson y Heemskirk salió, vacilante. Llevaba el cabello revuelto; los ojos, inyectados de sangre; y su cara sin afeitar parecía intensamente morena. Miró en derredor suyo con ojos alocados, vio su gorra en una mesa y la cogió precipitadamente. Se dirigió a la escalerilla con calma, pero con un aire extraño, como si estuviera sacando fuerzas de flaqueza.

Poco después de haberse hundido su cabeza bajo el nivel del suelo, salió Freya detrás de la cortina, con los labios contraídos. Sus ojos luminosos reflejaban la dureza de sus intenciones. No podía dejarlo marchar como si tal cosa. ¡Eso no; jamás! Estaba excitada, la sacudían sus emociones, ¡había probado la sangre! Tenía que darle a entender que se supo observada por él; debía enterarse de que lo habían visto escabullirse vergonzosamente. Pero hubiera sido infantil correr a la balaustrada y gritarle... No, eso era poco digno; demasiado crudo. Y ¿qué podía gritarle? ¿Qué palabra? ¿Qué frase? No, era imposible. Entonces, ¿qué hacer?... Frunció el entrecejo... ¡Ya se le había ocurrido! Se precipitó al piano, que estuvo abierto toda la noche, e hizo rugir salvajemente al monstruo de palorrosa, en los tonos más broncos... Golpeaba las teclas como si disparase tiros contra aquella figura rechoncha, que se alejaba tropezando, aquel tipo con pantalones blancos y chaqueta oscura de uniforme, con charreteras doradas. Lo persiguió con la misma canción que estuvo tocando la noche pasada: una tonante canción de amor que había empleado más de una vez contra las tormentas de las Siete Islas. Acentuó el ritmo con triunfante malicia, y tan absorta se hallaba en su hazaña que no se apercibió de la presencia de su padre, el cual, con un raído levitón a cuadros sobre su pijama, había acudido a toda prisa para averiguar los motivos de tan intempestivo recital. Se quedó mirándola:

—Pero ¿qué demonios...? ¡Freya! —El piano casi cubría su voz—. ¿Dónde está el teniente? —gritó.

Ella lo miró con ojos ausentes, como si su alma se le hubiera fundido con la música:

—Se fue.

—¿Eeeh?... ¿Adonde?

Freya meneó levemente la cabeza y siguió tocando con más brío que antes. La mirada del viejo Nelson —de ingenua ansiedad— recorrió todo cuanto podía abarcar, partiendo de la puerta abierta de su cuarto. Y lo inspeccionaba todo como si el teniente fuera un objeto pequeño que pudiera haberse quedado por cualquier rincón o colgado en la pared. Pero un estridente silbido procedente de allá abajo perforó el poderoso volumen sonoro que fluía del piano en olas amplias y vibrantes. El teniente estaba ya en la ensenada y silbaba para que viniese a recogerlo su bote. Parecía tener una prisa atroz, pues tocaba su silbato casi sin interrupción. Su prolongadísima llamada resultaba tan angustiosa como si hubiera estado gritando sin tomar aliento.

—Vuelve a bordo —dijo el viejo Nelson, anonadado por el acontecimiento—. ¿Qué puede haberlo inducido a marcharse tan temprano? Es un tío raro. ¡Y, además, susceptible como un demonio! No me extrañaría que haya sido tu conducta de anoche lo que hiriera sus sentimientos. Te observé, Freya. Te reíste casi en su misma cara, mientras sufría horriblemente de neuralgia. Así te harás antipática con la gente. Está resentido contigo.

Las manos de la joven reposaban ya sobre el teclado. Inclina su hermosa cabeza, sintiendo un súbito descontento y un cansancio de los nervios, como si hubiera pasado por alguna crisis agotadora. Nelson (o Nielsen), apesadumbrado, revolvía en su calva cabeza diversas cuestiones administrativas.

—Creo que debo ir a bordo esta mañana para enterarme —declaró, chillón—. ¿Por qué no me traen el desayuno? ¿Oyes, Freya? Me has sorprendido, lo reconozco. No creía que una chica pudiera ser tan insensible. ¡Y el teniente, que se considera amigo nuestro! ¿Eh? ¿Que no? Bueno, él dice que lo es, y eso representa mucho para un hombre en mi situación. ¡Claro que sí! Sí, debo ir a bordo.

—¿Por qué has de ir? —murmuró Freya con indiferencia; luego añadió para sí—: ¡Pobre hombre!

V

Respecto a las siete semanas siguientes, sólo hemos de decir que el viejo Nelson (o Nielsen) no llegó a efectuar su visita diplomática. El cañonero de S. M. el Rey de Holanda, el *Neptuno* —mandado por un teniente furioso— salió de la ensenada a una hora inusitada por lo temprana. Cuando el padre de Freya bajó a la playa, después de haber inspeccionado cómo secaban al sol su preciada cosecha de tabaco, ya desaparecía el cañonero tras el promontorio. El viejo Nelson pasó muchos días lamentando esa circunstancia.

—Y ahora me quedo sin saber en qué estado de ánimo se marchó ese hombre —lamentándose a su insensible hija. Le asombraba la dureza de su carácter. Casi le asustaba tanta indiferencia.

Además, he de hacer constar que, el mismo día, el cañonero *Neptuno* —con rumbo al Este— pasó junto al bergantín *Bonito*, que se hallaba al paio y también proa al Este, frente a Carimata. Su capitán, Jasper Allen, sumido en un consciente ensueño en que se imaginaba tener junto a él a su Freya, no se movió de su hamaca de proa para contemplar el paso del *Neptuno*, tan próximo al bergantín que el humo vomitado de pronto por su chimenea, baja y negra, envolvió por unos instantes los mástiles del *Bonito*, oscureciendo momentáneamente la soleada blancura de sus velas, consagradas al servicio del amor. Jasper ni siquiera volvió la cabeza. Pero Heemskirk, desde el puente, no perdió de vista al bergantín, mirándolo fijamente mientras se aferraba con ambas manos a la barandilla. Perdió toda confianza en sí mismo y, retirándose a la cámara, cerró la puerta violentamente. Allí frunció el entrecejo, y con la boca ladeada meditaba con sardónica intención. Pasó varias horas sin moverse de allí, como un Prometeo encadenado por las cadenas de un deseo impuro, y con las entrañas destrozadas por el pico y las garras de una pasión humillada.

Un ave de esta especie no es tan fácil de espantar como un polluelo. ¡Le habían tomado el pelo, lo engañaron, lo pusieron rabioso, se rieron de él...! ¡Qué más pico y más garras para un hombre! ¡Pájaro siniestro! Al teniente no le seducía en absoluto la idea de convertirse en el hazmerreír del Archipiélago, como el hombre a quien abofeteara una chica. ¿Era posible que Freya amase de verdad a ese traficante sin vergüenza? Intentó no pensar; pero le asaltó algo mucho peor que los pensamientos: imágenes concretas que lo aniquilaban en su retiro. La veía —una visión clara y detallada, perfectamente iluminada, con todos sus colores—, la vio abrazando a aquel hombre. Y cerró los ojos... para descubrir así que la cosa no tenía remedio. Entonces empezó a oír un piano por allí cerca; y se tapó los oídos. Inútil. Aquello no se podía aguantar... por lo menos, en la soledad era terrible. Salió disparando de la cámara, y habló de cosas indiferentes —pero con tono desproporcionado— con el oficial de guardia en el puente. Un piano fantasmal acompañaba, burlón, las palabras del teniente.

Lo último que debe anotarse es que Heemskirk, en vez de proseguir hacia Ternate, donde lo esperaban, se desvió de su ruta y puso rumbo a Makasar, donde nadie lo esperaba. Una vez allí, dio ciertas explicaciones e hizo determinada propuesta al Gobernador, o alguna otra autoridad, y le autorizaron a tomar las medidas que estimase oportunas en aquel asunto.

Luego, zarpó el *Neptuno*, rumbo al Norte —sin preocuparse ya de Ternate—, y navegando a la vista de la costa montañosa de Célebes, atravesó los estrechos mayores y fue a estacionarse cerca de los bosques vírgenes, de grandioso silencio, en aguas fosforescentes por la noche e intensamente azules durante el día, con unas manchas verdes y brillantes sobre los arrecifes sumergidos. El *Neptuno* pasó varios días recorriendo lentamente la cara sombría de la costa; o inmóvil —con aire vigilante— cerca de los plateados rompientes de los estuarios, bajo el inmenso cielo luminoso —nunca atenuado, nunca velado— que inundaba a la tierra con el eterno resol de los trópicos... esa luz deslumbrante que oprime el alma con su incesante esplendor, que la angustia con una inefable melancolía más íntima, más penetrante, más honda que la tristeza gris de las nieblas septentrionales.

El bergantín mercante *Bonito* apareció, deslizándose en torno a un promontorio cubierto por una selva sombría, en el plateado estuario de un gran río. El aire que impulsaba su velamen no hubiera hecho vacilar a una llama. Salió a descubierto detrás de una masa de inmóvil follaje... Misteriosamente silencioso, con blancura fantástica, y deslizándose con solemne sigilo, imperceptiblemente... Y Jasper, apoyado un codo en el cordaje, y con la cabeza en la mano, pensaba en Freya. Todo cuanto existía en el mundo se la recordaba. La belleza de la mujer amada existe en lo bello de la Naturaleza. El ondulante perfil de las colinas, las curvas de una costa, los sinuosidades de un río... son menos suaves que las líneas armoniosas de su cuerpo, y cuando *ella* se mueve, deslizándose grácilmente, el donaire de su andar sugiere el poder de las fuerzas ocultas que rigen los aspectos más fascinadores del mundo visible.

Apegado a las cosas —como todos los hombres—, Jasper amaba a su barco..., la casa de sus ensueños. Infundió al bergantín parte del alma de Freya. La cubierta de la nave iba a ser el estribo de su amor. La posesión del bergantín calmaba su pasión con la certidumbre de una felicidad ya ganada.

La luna llena estaba —perfecta y serena— bastante alta. Flotaba en una atmósfera tan límpida y en calma como la mirada de los ojos de Freya. En el bergantín, un silencio absoluto.

—Aquí estará, a mi lado, en noches como ésta —pensó, extasiado.

Y fue en aquel instante, en medio de tanta paz y serenidad —bajo la henchida y benigna mirada de la luna propicia a los enamorados—, en un mar liso como cristal, bajo un cielo sin una nube (como si toda la Naturaleza asumiera tan clemente aspecto por espíritu burlón), fue entonces cuando el cañonero *Neptuno*, destacándose de la

costa sombría junto a la que permanecía invisible, se lanzó a interceptar al bergantín *Bonito*.

En cuanto vieron salir de su escondite al cañonero, Schultz, el de la voz fascinante, dio muestras de gran nerviosismo. Durante todo aquel día, desde que salieron del poblado malayo, había tenido un aspecto raro, realizando su tarea como si llevara un peso aplastante sobre el espíritu. Jasper lo había notado, pero su segundo, apartándose de él —como si le fastidiara que lo mirasen—, masculló avergonzado que tenía dolor de cabeza y algo de fiebre. Debía de ser una fiebre muy alta, pues cuando se preguntó en voz alta «¿Qué puede querer de nosotros ese individuo?», lo dijo con el mismo tono tembloroso y bronco que pudiera haber salido de un hombre desnudo y expuesto a una corriente de aire helado. Debía de ser fiebre...; algún enfriamiento.

—Quiere hacerse desagradable, eso es todo —dijo Jasper, de muy buen humor—. Ya me ha molestado otras veces. De todos modos, pronto veremos...

En efecto, al poco tiempo se encontraban ambos barcos al alcance de la voz uno de otros. El bergantín, con sus hermosas líneas y sus velas blancas, parecía vaporoso y silfídeo a la luz de la luna. El cañonero, achaparrado —con sus cortos mástiles oscuros y pelados como árboles muertos, apuntando al cielo luminoso de aquella espléndida noche—, arrojaba una sombra densa en el espacio de agua entre ambos barcos.

Freya los obsesionaba a los dos como un espíritu ubicuo; como si fuera la única mujer sobre la tierra. Jasper recordó la recomendación de Freya de ser prudente en todos sus actos mientras estuviese alejado de ella. En este encuentro, totalmente imprevisto, sintió zumbarle en los oídos los apresurados consejos habituales en los últimos instantes de sus despedidas, y oyó el murmullo final, medio en broma, de: «Ten muchísimo cuidado, niño; ¡no te perdonaría nunca!», mientras le apretaba el brazo nerviosamente, a lo que él solía contestar con una sonrisa confiada. La obsesión de Heemskirk era de otro estilo. No había murmullos en ella; eran más bien como visiones. Veía a la chica colgándose al cuello de un vagabundo de la peor clase... *aquel* vagabundo, el vagabundo que acababa de contestar a su llamada. La veía deslizarse, descalza, hasta el pórtico, con sus claros ojos muy abiertos e impacientes por contemplar el bergantín... *aquel* bergantín. ¡Si Freya hubiera chillado, si lo hubiera llenado de improperios!... Pero, sencillamente triunfó sobre él. Eso fue todo. Estaba convencido de que la chica lo había provocado, para luego tomarle el pelo; y encima de la burla cruel, la bofetada... ¡El pico y las garras! Ambos hombres, tan diversamente obsesionados por Freya, la de las Siete Islas, no podían luchar con las mismas armas.

En la intensa calma, como de sueño, que había envuelto a ambos barcos, en un mundo que semejaba un delicado ensueño, se destacó un bote tripulado por marineros japoneses que cruzó la oscura superficie intermedia. Un suboficial blanco —quizá el artillero— subió a bordo. Era bajo, con un vientre orondo y voz silbante. Su cara

inexpresiva y mofletuda parecía una máscara a la luz de la luna. Al andar movía sus bracitos que le colgaban del tronco como si los tuviera descoyuntados. Sus astutos ojillos brillaban como partículas de mica. Comunicó a Jasper, en mal inglés, la orden de acompañarlo a bordo del *Neptuno*.

Jasper no esperaba algo tan insólito. Pero, tras una breve reflexión, decidió no exteriorizar fastidio, ni siquiera sorpresa. El río que acababa de recorrer venía siendo escenario de revueltas políticas, desde hacía dos años, y de sobra sabía que sus visitas a aquellos poblados se consideraban sospechosas. Pero no le importaba gran cosa discontentar a las autoridades, que tanto pánico causaban al viejo Nelson. Se dispuso a salir del bergantín y Schultz lo siguió hasta el barandal como si fuera a decirle algo, pero en el último instante, quedóse inmóvil, sin despegar los labios. Jasper, con el pie ya en la escala, notó el aspecto espectral de su segundo. Los ojos de aquel hombre — que había encontrado en la vida del bergantín el remedio contra los efectos de su extraña psicología— lo miraban con expresión muda y suplicante.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Jasper.

—Veremos cómo termina esto —dijo el de la hermosa voz, la que fascinara incluso a la inmovible Freya. Pero ¿adonde había ido a parar ahora su timbre seductor? Aquellas palabras sonaron como el graznido de un cuervo.

—Está usted enfermo —dijo Jasper, convencido.

—¡Ojalá me hubiese muerto ya! —fue la sorprendente respuesta de Schultz, pronunciada para sí y como resultado de alguna preocupación misteriosa. Jasper le lanzó una aguda mirada, pero no era aquélla la ocasión de investigar la causa de ese morboso deseo. No daba la impresión de estar delirando, y eso bastó a Jasper por el momento. Schultz exclamó, por fin, a la desesperada:

—¡Ese tipo quiere perjudicarnos! ¡Quiere causarle algún daño, capitán Allen! Me lo dice el corazón, y yo...

Lo invadió una emoción inexplicable, y no pudo continuar.

—Muy bien, Schultz. No le voy a facilitar las cosas por mi parte.

A bordo del *Neptuno*, Heemskirk (de pie a la luz de la luna, con las piernas muy separadas y proyectando una sombra intensa sobre cubierta) no exteriorizó haberse dado cuenta de la llegada de Jasper. Sin embargo, al ver a aquel hombre, bullía en su pecho algo muy semejante a la marejada. Jasper esperó frente a él en silencio.

Puestos otra vez en contacto personal, volvieron a adoptar la misma actitud que en sus encuentros casuales en el *bungalow* del viejo Nelson. Hacían como que no se veían; Heemskirk, mohíno; Jasper, con una calma de absoluta indiferencia.

—¿Qué ocurre en ese río por donde ha navegado usted? —preguntó, a quemarropa, el teniente.

—No estoy al tanto de las revueltas... si se refiere usted a eso —contestó Jasper—. He dejado allá medio cargamento de arroz y no he cargado nada. Enseguida levé anclas. Ahora no se puede hacer negocio por allí; pero, si no llego a ir, se hubieran muerto de hambre todos dentro de una semana.

—¡Entrometidos! ¡Eso son todos los ingleses, unos entrometidos! Suponga usted que esos rufianes merezcan sólo morir de hambre, ¿eh, qué le parece?

—Es que hay entre ellos mujeres y niños, ¿sabe?

—¡Claro, no faltaba más! Cuando un inglés habla de mujeres y niños, de seguro que se trata de un asunto feo. Bueno, tenemos que investigar las actividades de usted.

Hablaban por turno como si fueran sólo espíritus... simples voces en el vacío, pues se miraban como si nada hubiese ante ellos, o a lo sumo como si contemplasen un objeto inanimado. Siguió un silencio. Heemskirk pensó: «Freya se lo contará todo. Se lo va a contar mientras le echa los brazos al cuello riéndose». Y lo asaltó el súbito deseo de aniquilar a Jasper allí mismo; deseo tan vehemente que casi le hizo perder los sentidos. Se le nubló la vista; no podía hablar... Durante unos segundos, se le borró la imagen de Jasper. Pero le oyó preguntar, como una voz de los antípodas:

—Entonces, ¿debo entender que apresa usted el bergantín?

Heemskirk se repuso, y dijo con maligna satisfacción:

—En efecto. Voy a remolcarlo hasta Makasar.

—Los tribunales determinarán si esto es legal —dijo Jasper comprendiendo que la cosa se ponía seria, pero afectando indiferencia.

—¡Ah sí, los tribunales! Desde luego. Y en cuanto a usted, lo retendré aquí, a bordo.

El desaliento de Jasper al verse separado de su barco se tradujo en una inmovilidad pétreo. Sólo le duró un instante. Luego se acercó a la borda y voceó a su gente del bergantín. Schultz le respondió:

—Diga, señor.

—Prepárense a ser remolcados por el cañonero. Nos llevan a Makasar.

—¡Dios mío! ¿Para qué, señor? —exclamó el segundo, quebrantándosele la voz.

—Supongo que para hacernos un favor —gritó Jasper resueltamente, con irónica intención—. ¡No fuéramos a quedarnos aquí... con la calma chicha... días y más días! ¡¡Muy hospitalarios!! ¡¡Me invitan a estarme aquí!!

La respuesta a aquella información fue una desesperada maldición. Jasper pensó, inquieto: «El pobre tiene los nervios deshechos», e, invadido por una zozobra, no apartaba los ojos del bergantín. El pensamiento de haberse separado de su barco —por primera vez desde que vivían juntos— sacudía hasta sus raíces, tan profundas, la aparente fortaleza de su carácter. En todo este rato, ni Heemskirk ni su sombra de tinta china se habían movido una pizca.

—Voy a enviar unos hombres y un oficial a bordo de su barco —anunció el holandés a... nadie en concreto. Jasper, arrancándose a su absorta contemplación del bergantín, se volvió, y sin apasionamiento alguno, con voz inexpresiva, protestó contra aquellos procedimientos. En realidad, sólo pensaba en la demora que esto pudiera suponerle. Contaba los días. Makasar, después de todo, estaba en su ruta. Si lo remolcaban, ahorraba tiempo. Pero, por otra parte, había que pasar por una serie de trámites muy fastidiosos. Era demasiado absurdo. «El escarabajo se ha vuelto loco»,

pensó. «Me soltarán enseguida... Si no, haré que Mesman salga fiador por mí». Mesman era un comerciante holandés con quien Jasper había realizado muchos negocios. Una persona muy importante de Makasar.

—¿Protesta usted? ¡Jum! —masculló Heemskirk, y continuó un poco más sin moverse, con las piernas bien separadas y la cabeza inclinada, como si estuviera estudiando el cómico efecto de su sombra. Entonces hizo una señal al artillero, que había permanecido a mano, inmóvil como un grotesco pelele de ojos brillantes. El tipo se acercó.

—Vaya usted al bergantín con la tripulación de un bote.

—¡Ya, mynherr!

—Ponga uno de sus hombres en el timón y que no lo suelte —continuó Heemskirk, dando sus órdenes en inglés (por lo visto, para que se enterase Jasper)—. ¿Me oye?

—¡Ya, mynherr!

Jasper sintió como si le quitaran el corazón a la vez que el bergantín. Heemskirk preguntó, cambiando de tono:

—¿Qué armas lleva usted a bordo?

En aquella época todos los barcos que traficaban por los mares de China tenían licencia para una cierta cantidad de armas de fuego, con fines defensivos. Jasper respondió:

—Dieciocho rifles con sus bayonetas, que estaban ya a bordo cuando compré el barco, hace cuatro años. Los tengo declarados.

—¿Dónde están?

—En la cámara de proa. El segundo lo sabe.

—Poseciónese de sus armas —dijo Heemskirk al artillero.

—¡Ya, mynherr!

—¿Para qué? ¿Qué quiere usted insinuar? —exclamó Jasper. Luego se mordió los labios—. ¡Es monstruoso! —dijo entre dientes.

Heemskirk levantó un momento la mirada. Parecía tenerla cargada de sufrimiento.

—Puede irse —dijo a su artillero. El gordo saludó y se marchó.

Durante las treinta horas siguientes se interrumpió una vez el remolque. A una señal del bergantín —una bandera que ondearon en el castillo de proa— se paró el cañonero. El suboficial pelele pasó al *Neptuno* en un bote y se dirigió precipitadamente al camarote de su comandante. Se veía la excitación que le producía lo que había de comunicar, por los guiños de sus ojillos. Ambos estuvieron un rato hablando a puerta cerrada, mientras Jasper procuraba enterarse —desde el coronamiento de proa— si había ocurrido algo extraordinario en el bergantín. Pero nada se notaba a bordo. Sin embargo, esperó al artillero, y, aunque había rehuido hablar con nadie desde que lo hiciera con Heemskirk, paró a aquel hombre cuando salió otra vez a cubierta y le preguntó cómo seguía su segundo.

—No estaba muy bien cuando lo dejé —le aclaró.

El obeso suboficial, estirándose, como si el esfuerzo de llevar su gran panza exigiese una actitud muy tiesa, no acertaba a comprender. Ni una sola de sus facciones mostraba el menor signo de vida, pero sus ojillos parpadearon rápidamente.

—¡Oh, ya! El segundo. ¡Ya, ya! Está muy bien. Pero ¡*mein Gott*, él, un hombre muy divertido!

Jasper no pudo obtener explicación alguna de ese comentario, porque el holandés volvió a embarcar en el bote a toda prisa y regresó a bordo del bergantín. Pero se consoló pensando que pronto terminaría aquel incidente tan absurdo y desagradable. La rada de Makasar estaba ya a la vista. Heemskirk pasó junto a él cuando iba al puente. Por primera vez miró el teniente a Jasper con toda intención; y el extraño giro de sus ojos resultaba tan divertido —hacía mucho tiempo que Jasper y Freya estaban de acuerdo en lo divertido que era el teniente—, expresando una satisfacción tan extasiada, como si estuviera paladeando un succulento bocado, que Jasper no pudo evitar una franca sonrisa. Y volvió a concentrar su atención en el bergantín.

Ver a su barco, su adorado bien, animado por algo de alma de Freya, el único estribo de sus dos vidas para lanzarse al inmenso mundo, la garantía de su pasión, su compañero de aventuras, la posibilidad de estrechar contra su pecho a la serena y adorable Freya y llevarla consigo al fin del mundo... ver a semejante joya —símbolo de su amor y su orgullo— cautiva al extremo de un remolque, no le era, por cierto, muy agradable. Había algo de pesadilla en todo esto. Algo, por ejemplo, como si soñara uno con un ave marina cargada de cadenas.

Sin embargo, no podía dejar de mirarlo. La belleza de su amada le llegaba a veces —hechizándole el corazón— a través de la imagen del barco; y le hacía olvidar dónde se hallaba. Además, esa sensación de superioridad que da a un joven el saberse amado —esa ilusión de haber sido colocado más allá del Destino por obra y gracia de los ojos de una mujer— le ayudó, una vez pasada la primera impresión, a sobreponerse a las circunstancias y, seguro de sí, las consideraba como una diversión. Pues ¿qué contratiempos podían ocurrirle al elegido de Freya?

Era ya por la tarde; el sol quedaba tras los dos barcos mientras ponían proa al puerto. «Vaya —pensó Jasper sin gran indignación—, pronto terminará esta bromita del escarabajo». Como marino buen conocedor de aquella zona, le bastó una ojeada para darse cuenta de la maniobra próxima. «Hombre —pensó— se va a meter por el canal de Spermonde. Ahora vamos a rodear el arrecife de Tamissa». Y volvió a abismarse en la contemplación de su bergantín, aquel imprescindible soporte de su vida material y emotiva que pronto estaría de nuevo en sus manos. En la superficie en calma —casi lisa— surgió un leve oleaje que rompía la proa del Bonito. Lo producía el poderoso *Neptuno*, que lo remolcaba a toda máquina, como si se tratara de ganar una apuesta. El artillero holandés apareció en el castillo de proa del *Bonito*. Lo acompañaban dos marineros. Se pusieron a mirar la costa, mientras Jasper continuaba enajenado en su éxtasis amoroso.

La sirena del cañonero lo sobresaltó con su estridencia. Miró lentamente a su alrededor. Como un relámpago, saltó de donde estaba y corrió por cubierta, gritando:

—¡Cuidado con el arrecife de Tamissa!

Allá en el puente estaba Heemskirk, que lo miró inexpresivo por encima del hombro. Dos marineros viraban el timón, y el *Neptuno* se desviaba ya rápidamente del borde de agua verdoso que anunciaba el peligro. ¡Ah! Por los pelos. Jasper se volvió al instante hacia su bergantín, y antes de haber visto que —por órdenes dadas de antemano, seguramente, por Heemskirk al suboficial— habían soltado el remolque al toque de sirena, antes de poder gritar ni mover un dedo, vio que el *Bonito* iba a la deriva, horizontal a la popa del cañonero, y lanzando con el ímpetu de la velocidad adquirida. Siguió con ojos desorbitados por el asombro, con incredulidad y horror, la huidiza forma de su hermoso barco. Llegaban a él los gritos a bordo del bergantín, pero sólo como un espantoso y confuso rumor a través de los estampidos de la sangre en sus oídos. El velero desplegaba una increíble velocidad junto a toda su gracia, a su elegancia de siempre. Pero, de pronto, le falló el agua. La lisa superficie ante su proa pareció hundirse de repente como si la hubieran chupado. Y se paró, con un temblor —violento y extraño— de sus masteleros. Absolutamente inmovilizado en el arrecife. Mientras, el *Neptuno*, describiendo un amplio círculo, continuó a toda máquina por el canal de Spermonde, proa al puerto. Y el *Bonito*, sin moverse. Una inmovilidad perfecta; una actitud extraña, de mal agüero. En un instante se abatió sobre él —a la luz del sol— la sutil melancolía de lo percedero. Sólo era ya una manchita en la brillante atmósfera. Desolada soledad.

—¡Sujetadlo! —gritó alguien desde el puente.

Jasper corría por cubierta hacia su bergantín —como si pudiera así llegar a él— como se precipita un hombre para salvar a una criatura viva y adorada del borde del abismo. «¡Sujetadlo!», vociferaba el teniente desde lo alto de la escalerilla del puente, mientras Jasper se debatía furiosamente, sin pronunciar palabra, entre la avalancha de marineros del *Neptuno* que se habían arrojado sobre él obedeciendo la orden. Sólo se le veía la cabeza emergiendo desesperada del grupo. «¡Agárrenlo bien! ¡Por nada del mundo lo dejaría ahogarse ahora!».

Jasper cesó de luchar.

Uno a uno, lo fueron soltando; retrocedían poco a poco, en vigilante silencio, dejando a Jasper solo en un amplio espacio circular, como haciéndole sitio para que se desplomara después de la pelea. Pero ni siquiera se le movió un músculo. Media hora después, cuando el *Neptuno* echó anclas frente a la ciudad, seguía en la misma posición estatuaría. Ni la cabeza ni el cuerpo se le habían movido un ápice. En cuanto terminó el anclaje, bajó Heemskirk pesadamente del puente.

—Llama a un *sampan* —dijo, taciturno, al centinela, y se dirigió adonde estaba Jasper, a quien observaban con asombro los marineros. Miraba fijamente la cubierta, como enajenado. Heemskirk se le acercó y lo contempló pensativo, con los dedos sobre los labios. Allí estaba el favorecido vagabundo, el único hombre a quien la

muchacha podía contar aquella historia... Pero no le iba a hacer gracia. Que el teniente Heemskirk había... No, no se iba a reír. Su aspecto era como de no volver a reírse en toda su vida.

De repente, levantó la vista Jasper. Los ojos de éste —que sólo expresaban un pasmo infinito— encontraron a los de Heemskirk, escrutadores y sombríos.

—¡Ha encallado en el arrecife! —dijo, en un tono bajo, de indecible asombro—. ¡En... el... arrecife! —repitió aún más bajo y como esperando que surgiera en el fondo de su espíritu alguna sensación espantosa.

—Y en la pleamar... Con las mareas de primavera... —soltó Heemskirk con vengativa violencia. Pero su tono violento fue como una llamarada: fulguró y se apagó. Enmudeció, como cansado, mirando fijamente a Jasper con ojos arrogantes, que traslucían el desencanto íntimo, la inevitable sombra que sigue a toda pasión, como una nube de tristeza. «Y en pleamar», repitió, volviendo a enfurecerse, mientras se quitaba, airado, la gorra galoneada y señalaba con ella a la pasarela, diciendo:

—¡Y ahora, maldito inglés, puedes irte a los tribunales!

VI

El caso del bergantín *Bonito* había de causar sensación en Makasar, la más agradable de las ciudades del Archipiélago, y quizá la más limpia, pero en la que eran poco frecuentes los casos sensacionales. El «frente», con su población especial, se dio cuenta enseguida de que había ocurrido algo. Un vapor remolcando a un velero... Lo estuvieron viendo a gran distancia, y cuando entró el cañonero solo, abandonando al bergantín, se les despertó una gran curiosidad. ¿Por qué sería aquello? Sólo distinguían los mástiles del velero —con las velas aferradas— allá al sur, no se calculaba bien dónde. Pronto corrió el rumor, entre la gente apiñada en la playa, de que había un barco en el arrecife de Tamissa. La gente relacionó entonces ambos hechos. No podían comprender la causa, pues ¿quién de ellos iba a asociar la idea de una encalladura en el arrecife de Tamissa con la existencia de una muchacha a novecientas millas de distancia, ni a sospechar la conexión de este acontecimiento con la psicología de tres personas, por lo menos, aunque una de éstas, el teniente Heemskirk, estuviera pasando entre ellos en aquel momento, encaminándose a informar de lo sucedido?

No, las mentalidades del «frente» no estaban capacitadas para tales sutilezas, pero muchas de aquellas manos —manos morenas, manos amarillas, manos blancas— protegían del sol los ojos para no perder de vista la lejanía del mar. Corrió velozmente el rumor. Los tenderos chinos se asomaron a sus puertas y más de un mercader blanco se levantó de su escritorio para asomarse a la ventana. Al fin y al cabo, era muy raro que un barco se quedase en el arrecife de Tamissa. El rumor fue perfilándose. Un traficante inglés... Detenido en alta mar por el *Neptuno*, por sospecharse... Heemskirk lo traía a remolque para que se juzgara el caso... y, por algún extraño accidente...

Después se supo el nombre. «¡El *Bonito*! ¡Cómo! ¡Imposible! Sí, sí... el *Bonito*. ¡Mirad! Desde aquí podemos verlo... Sólo dos mástiles. Es un bergantín. La verdad, ¿quién iba a creer que se dejara coger ese hombre? Sí, pero Heemskirk es un tío formidable... Dicen que la cámara es como la de un yate de un *gentleman*. ¡Bah! Es un tipo extravagante».

Un joven irrumpió en el despacho de *Mesman y Hnos.*, situado en el «frente», y contó atropelladamente algunos detalles más:

—Sí, sí... es el *Bonito*. Se sabe de seguro. Lo que no saben ustedes es lo que acaban de contarme. Parece ser que ese individuo lleva cerca de dos años proporcionando armas de fuego a la gente de río arriba. Y con tanto tiempo de impunidad, ha llegado al colmo: esta vez ha vendido hasta los rifles de su barco. Como dos y dos son cuatro. Los rifles no están a bordo.. ¡Qué cinismo! Pero le faltó enterarse que uno de nuestros barcos de guerra vigilaba la costa. Esos ingleses son tan desvergonzados que se creen a salvo de todo castigo. Nuestros tribunales los dejan en libertad con demasiada frecuencia, con el menor pretexto. De todos modos, al famoso

Bonito le llegó su hora. He oído decir, en las Oficinas del Puerto, que encalló en pleamar. Además, va en lastre. Dicen allí que no habrá poder humano que pueda moverlo de donde está. Espero que sea verdad. Sería formidable tener ahí siempre al célebre *Bonito* como un ejemplo para los demás.

El señor J. Mesman, un holandés nacido en las colonias, un viejo simpático y paternal, de hermoso rostro, siempre bien afeitado, y una cabellera gris hierro algo rizada por detrás, no dijo ni una palabra en defensa de Jasper y del *Bonito*. Levantóse de repente de su sillón. Estaba muy turbado. Veréis, es que una vez, hablando con Jasper sobre cosas de negocios —el comercio isleño, asuntos de dinero, etc.—, había acabado aquél franqueándose con él respecto a lo de Freya. Y el excelente Mesman, que había conocido al viejo Nelson hacía unos años, e incluso recordaba algo a Freya, se sorprendió mucho de esta historia, que le divirtió bastante.

«¡Vaya, hombre, vaya! ¡Conque Nelson! Claro que me acuerdo. Una persona magnífica. Tenía una niña con el cabello muy rubio. ¡Sí, me acuerdo muy bien! ¿De modo que se ha convertido en una joven muy guapa, y con un carácter enérgico...?». Y se rió estrepitosamente. «Mire, capitán Allen, cuando rapte usted a su futura mujer, no deje de darse una vueltecita por aquí. Será muy bien recibida. ¡La niña rubita! Vaya si me acuerdo...».

Fue el recuerdo de aquella conversación lo que le inquietó en cuanto se enteró del naufragio. Cogió el sombrero.

—¿Adonde va usted, señor Mesman?

—Voy a buscar a Allen. Supongo que estará en la playa. ¿Sabe usted dónde está?

Nadie lo sabía. Y el señor Mesman marchó al «frente» a enterarse.

La otra parte de la ciudad —la próxima a la iglesia y al fuerte— se informó de distinta manera. Lo primero que les llegó fue... Jasper en persona, andando rápidamente, como perseguido. Y un chino —con todas las trazas de un barquero, un *sampan man*— lo seguía, dando las mismas trancadas. De pronto, al pasar frente a la fonda «Orange House», dio Jasper media vuelta y se metió en ella como una flecha, asustando a Gómez, el encargado. Pero el chino empezó a armar tal escándalo en la puerta, que Gómez hubo de atenderlo enseguida. Resultaba que el blanco a quien trajo al muelle en su sampán no le había pagado el pasaje. Había venido tras él por todo el camino pidiéndole el dinero. Pero el blanco no había hecho ningún caso a su justa reclamación. Gómez satisfizo al *coolie* con unas monedas de cobre y luego fue a atender a Jasper, a quien conocía muy bien. Lo halló, de pie, inmóvil junto a un velador. En el otro extremo de aquel vestíbulo estaban unos cuantos individuos. Habían interrumpido la conversación y miraban a Jasper. Dos que jugaban al billar se asomaron a la puerta de la sala de juegos, y contemplaban también al recién llegado.

Al acercársele Gómez, levantó Jasper una mano y se señaló la garganta. Gómez notó el deterioro del traje blanco del capitán. Salió rápidamente para encargarse de algo de beber, como parecía desear Jasper a juzgar por su ademán.

Es imposible saber adonde quería ir, ni con qué finalidad, cuando un súbito

impulso o el haber visto un lugar muy conocido para él, le hiciera entrar en la «Orange House». Se apoyaba ligeramente con las yemas de los dedos en la mesita. Había allí dos individuos a quienes conocía bastante, pero su mirada pasaba sobre ellos una y otra vez como si no los reconociera. Parecía estar buscando un sitio por donde escapar. Ellos, por su parte, lo miraban estupefactos. Y no era que Jasper tuviese el semblante descompuesto. Al contrario, estaba muy sereno. Pero había algo en su actitud, en sus facciones, que lo hacía irreconocible. ¿Será él?, se preguntaba con profundo asombro.

En su cabeza bullía un tremendo caos de pensamientos lúcidos. Perfectamente lúcidos. Lo terrible era precisamente esta claridad de cada pensamiento junto a la absoluta imposibilidad de detenerse en cada uno de ellos. Se decía a sí mismo, o a sus pensamientos. «Vamos por partes». Un chinito le trajo un vaso en una bandeja. Lo bebió de un trago, y salió corriendo. Su desaparición rompió el hechizo que tenía inmovilizados a los circunstantes. Uno de ellos se precipitó a la parte de la galería desde donde se podía divisar casi toda la rada. En el mismo instante en que Jasper pasaba bajo él por la calle, gritó muy excitado:

—¡Desde luego, era Allen! Pero ¿dónde está el bergantín?

Jasper oyó estas palabras extraordinariamente amplificadas. Le parecía que hasta el cielo vibraba con ellas, como pidiéndole cuenta... pues aquellas mismas palabras emplearía Freya. Una pregunta capaz de aniquilarlo. Cayó sobre él como un rayo y oscureció de repente todos sus pensamientos. Se le nubló la vista, intentó seguir andando... Pero, a los tres pasos, se desplomó.

El buen Mesman no dio con él hasta ir al hospital. El doctor habló de una ligera insolación. Nada de importancia. En tres días estaría bien... Hemos de reconocer que el doctor acertó. A los tres días salió Jasper del hospital y se hizo visible en la ciudad —muy visible, desde luego— y siguió siendo durante mucho tiempo una de las vistas de Makasar. Tanto tiempo, que acabaron por no hacerle caso; tanto, que todos recordaban en las Islas —y aún hoy lo recuerdan— la inevitable presencia de Jasper.

Lo que se rumoreaba en el «frente» y la aparición de Jasper en la «Orange House» constituyen el comienzo del famoso caso del *Bonito* y nos muestran sus dos aspectos: el práctico y el psicológico. El caso tal como lo veían los tribunales y tal como se ofrecía a las almas compasivas. Pero este segundo aspecto, pese a su terrible evidencia, resultaba sin embargo oscuro.

Habéis de saber que quedó oscuro incluso para mi amigo, el que me escribió la carta mencionada en las primeras líneas de esta narración. Era uno de los empleados del señor Mesman y acompañó a este caballero en busca de Jasper. Su carta me describía los dos aspectos arriba citados y algunas de las incidencias del proceso. Heemskirk no hacía más que manifestar una gran alegría por no haber perdido también el cañonero. Achacó a la niebla el haberse aproximado tanto al arrecife de Tamissa. Había salvado su barco; lo demás le traía sin cuidado. En cuanto al obeso artillero, declaró simplemente que creyó ser lo mejor, en aquella circunstancia, soltar

el remolque; pero reconoció haber perdido la serenidad en tal aprieto.

En realidad, había obrado siguiendo órdenes muy concretas de Heemskirk, con quien había servido varios años en Oriente, y del cual llegó a ser como un ayuda de cámara. Lo más sensacional en el apresamiento del *Bonito* fue el relato de ese suboficial sobre cómo fue a posesionarse de las armas de a bordo, cumpliendo las órdenes recibidas, y descubriera que no había ni una en el bergantín. Lo único que encontró, en la cámara de proa, fue un armero vacío con cabida para dieciocho rifles —la cantidad reglamentaria—, pero de los rifles, ni rastro. El segundo de a bordo, que se encontraba enfermo y se condujo de modo extraño —parecía estar loco—, le quiso hacer creer que el capitán Allen no sabía nada de aquello; que había sido él, el segundo, quien había vendido recientemente los rifles, de noche cerrada, a alguien que estaba de acuerdo con él. Y para probarlo, le mostró una bolsa de dólares de plata y le instó (al artillero) a que se quedara con ese dinero. Luego, tiró la bolsa sobre cubierta y se dio una tunda de puñetazos en la cabeza, prorrumpiendo en terribles maldiciones contra su propia alma por lo miserable que era y cuán indigno de vivir.

De todo esto informó el artillero inmediatamente a su comandante.

Es difícil decir qué se proponía Heemskirk apresando al *Bonito* a su cuenta y riesgo, a no ser el causar un trastorno en la vida del elegido de Freya. Tenía un deseo atroz de dañar a aquel hombre «de los besos y abrazos». La cuestión era cómo hacerlo sin ponerse en evidencia. Pero el informe del artillero daba pie sobradamente para ello. La cosa era seria. Sin embargo, Jasper tenía amigos, y ¿quién podía asegurar que no consiguiera librarse de aquello? La idea de remolcar el bergantín —tan comprometido ya— hasta el arrecife se le ocurrió mientras escuchaba en su camarote al obeso artillero. En vista de la desaparición de los rifles, llevaba todas las de ganar. Además, pasaría por un accidente.

Cuando salió a cubierta, había mirado a su víctima de modo tan ridículamente siniestro, con la boca torcida, que Jasper no pudo evitar una sonrisa. Y el teniente había ido al puente, diciéndole:

—¡Espera y verás! Te aguaré el sabor de aquellos besos. Cuando oigas hablar, de aquí en adelante, del teniente Heemskirk, te juro que no vas a sonreírte. Estás en mis manos.

Y esta posibilidad se le había presentado sin prepararla —casi podría decirse *naturalmente*—, como si los acontecimientos se hubieran adaptado misteriosamente a los fines de una pasión sombría. Los planes más hábilmente concebidos no podrían haber servido mejor a Heemskirk. Le fue dado saborear una venganza de increíble perfección: asestar un golpe mortal al corazón de aquel odiado individuo, y recrearse luego viéndolo errar sin descanso con el puñal en el pecho.

Pues eso sugería, en realidad, el estado de Jasper. Iba de acá para allá, enflaquecido, nervioso, con aire alucinado. Sus movimientos eran bruscos y sus gestos feroces. Hablaba sin cesar con voz frenética, pero cansada. Sin embargo, bien sabía en su interior que nada ni nadie puede curar un corazón hendido por un puñal.

Su alma, sosegada antes por el influjo continuo de Freya, era como una cuerda demasiado tirante. Con el choque sufrido había empezado a vibrar la cuerda, que acabó por saltar. Estuvo esperando dos años, con ciega confianza, la llegada de un día que ahora no llegaría jamás. No podía llegar para un hombre desarmado en la vida por la pérdida de su bergantín, y, a su juicio, imposibilitado para un amor cuyo «estribo» había desaparecido.

Día tras día atravesaba toda la ciudad, seguía por la costa, y, llegando al lugar situado frente a la parte del arrecife donde estaba su bergantín embarrancado, se le quedaba mirando fijamente. ¡Aquellas líneas adoradas, que fueron el hogar de exaltadas esperanzas! Ahora su inmovilidad desolada, su lamentable inclinación, recortándose en el solitario horizonte marino... ¡qué símbolo de desesperación!

La tripulación había salido del barco en los botes de éste, de los que se incautaron las autoridades del puerto. Del velero también se incautaron hasta que se decidiera en el proceso su suerte definitiva. Pero las autoridades no se molestaron en dejar una guardia a bordo. Pues ¿quién iba a moverlo de allí? Nada ni nadie lo movería. A no ser los ojos de Jasper, tensos en el bergantín horas y horas, como si esperase atraerlo con el solo poder de su mirada anhelante.

Toda esta historia me afligió bastante cuando la leí en la prolija carta de mi amigo. Era impresionante leer su relato de cómo Schultz, el segundo del *Bonito*, iba por ahí afirmando con desesperada insistencia que él era el culpable, y sólo él, de la venta de los rifles. «Yo los robé», aseguraba a quien quería oírlo. Naturalmente, nadie lo creía. Mi mismo amigo tampoco lo creía, aunque admirase ese espíritu de sacrificio. Pero mucha gente pensaba que era exagerado hacerse pasar por ladrón para salvar a un amigo. Sin embargo, no importaba, porque la mentira era demasiado evidente. Yo, en cambio, estaba consternado, pues conocía de sobra la psicología de Schultz y estaba convencido de que éste decía la verdad. ¡He ahí cómo aprovechó un pérfido destino los impulsos de un corazón generoso! Y experimenté la sensación de ser yo un cómplice de esta perfidia, ya que había animado —en cierto modo— a Jasper para que admitiese a Schultz. Aunque es verdad que también lo previne contra él.

«Al pobre hombre le ha entrado una verdadera chifladura con eso de los rifles», me escribía mi amigo. «Fue a contárselo a Mesman. Dice que hay un blanco, un tipo de lo más sinvergüenza, que vive entre los indígenas —río arriba—, el cual lo emborrachó una tarde a fuerza de ginebra y luego le echó en cara que no tuviese nunca dinero. “Deben ustedes creerme, porque soy un hombre honrado”, nos aseguró Schultz, “y les digo que cuando tomo una copa de más me convierto en un ladrón”. Y nos contó que entonces volvió a bordo y fue entregando los rifles uno a uno a los individuos de una canoa que se había aproximado al amparo de la noche. Le dieron diez dólares por rifle.

Al día siguiente le entró tal vergüenza y arrepentimiento, que enfermó. Pero no tuvo el valor de confesar su *debilidad* a su bienhechor. Cuando el cañonero detuvo al

bergantín, creyó morir del pánico que experimentó por las consecuencias de su falta. Y hubiera muerto encantado, de haberle sido posible restituir los rifles con el sacrificio de su vida. Nada dijo a Jasper, esperando que soltarían enseguida al bergantín. Cuando las cosas se pusieron feas y retuvieron a Jasper en el cañonero, estuvo Schultz a punto de suicidarse, tal era su desesperación. Pero, pensándolo mejor, se creyó en el deber de vivir para que se conociese la verdad. “¡Soy un hombre honrado! ¡Soy un hombre honrado!”, repetía con una voz que hacía llorar. “Deben ustedes creerme cuando les digo que soy un ladrón... un ladrón rastrero, un ladrón repugnante... en cuanto bebo una copa de más. Llévenme ustedes adonde pueda jurar todo esto, que es la pura verdad”».

«Cuando logramos convencerlo de que su declaración no podía ser útil a Jasper —pues, ¿qué tribunal holandés, teniendo ya en sus manos un traficante inglés, va a aceptar semejante explicación; y qué pruebas puede haber de esa historia?—, entonces hizo ademán de arrancarse el cabello a puñados, pero, calmándose, dijo: “Entonces, adiós, caballeros”. Y salió de la oficina, que estaba atestada de gente. Aquella misma noche se suicidó tajándose la garganta en casa de un mestizo, donde se hospedaba desde que llegó aquí».

Pensé, con un escalofrío, en aquella garganta que produjo en vida la voz tierna, persuasiva, varonil y fascinadora que provocó la compasión de Jasper y se ganó la simpatía de Freya. ¿Quién iba a prever este final para el imposible y gentil Schultz, con su idiosincrasia de ratero ingenuo, que sólo despertaba en la gente —incluso en sus víctimas— una exasperación divertida? Era lo que se dice imposible. Podía esperarse que hubiera llevado una vida misteriosa —medio muerto de hambre—, pero nunca trágica, que acabara siendo un inofensivo aprovechador de echazones por esas playas. Pero hay ocasiones en que la ironía del destino tiene todo el aspecto de una broma cruel y salvaje.

Meneé la cabeza lamentando el sino de Schultz y seguí leyendo la carta de mi amigo. Me constaba que los indígenas de los poblados costeros habían ido saqueando al bergantín, el cual tomó poco a poco un aspecto lamentable. Era ya la fantasmagoría gris de un naufragio. Mientras, se convertía Jasper gradualmente en la sombra de lo que fue; y era frecuente verlo salir de pronto corriendo por el «frente», con ojos desorbitados y una sonrisa fija en los labios —como una mueca—, para pasarse el día en un solitario banco de arena, con la vista clavada ansiosamente en su bergantín, como si esperase que surgiera a bordo alguna figura humana y lo llamase. Los Mesman cuidaban de él en lo posible. El proceso del *Bonito* había pasado a Batavia, donde sin duda se marchitaría en una niebla de papeleo oficial. Era descorazonador leer todo esto. El teniente Heemskirk, tan activo, seguía con su engreimiento sombrío y dolorido. No le había levantado el espíritu la aprobación extraoficial que obtuvo y fue a prestar servicio en las Molucas...

Luego, al final de la voluminosa epístola, entre las noticias que me daba de lo ocurrido en las Islas durante medio año, por lo menos, me escribía mi amigo: «Hace

un par de meses vino por aquí el viejo Nelson. Llegó en el buque correo de Java. Parece ser que el objeto de su viaje era ver a Mesman. Una visita bastante misteriosa; y cortísima, por cierto, después de una travesía tan larga. Pasó cuatro días hospedado en la *Orange House*, sin nada que hacer —según parecía—, y luego volvió a embarcarse en el vapor que sale para los Estrechos. Recuerdo haber oído decir que Allen hacía la corte a la hija del viejo Nelson, aquella chica que educó la señora Harley y que luego fue a vivir con su padre en el grupo de las Siete Islas. Seguramente recuerdas al viejo Nelson...».

¡Que si recuerdo al viejo Nelson! ¡Y tanto!

La carta añadía que por lo menos él sí se acordaba de mí, pues poco tiempo después de su fugaz visita a Makasar había escrito a los Mesman pidiéndoles mi dirección en Londres.

Era asombroso que el viejo Nelson (o Nielsen) —cuya principal característica era un profundo apartamiento del mundo exterior— deseara escribirle a alguien y tuviera algo que comunicar. ¡Y escribirme precisamente a mí! Esperé con impaciencia esa carta, que tardó bastante. Por fin, tuve ante los ojos la escritura temblorosa, senil e infantil a la vez, del viejo Nelson, en un sobre con sello de un penique y con el matasellos de Notting Hill. Demoré el abrir el sobre para rendir el debido tributo de asombro a este acontecimiento, para lo cual me llevé las manos a la cabeza. ¡De manera que había vuelto a Inglaterra, para ser definitivamente Nelson! O quizá estuviera de paso para Dinamarca, donde adoptaría para siempre su Nielsen de origen. De todos modos, era inconcebible figurarse al viejo Nelson (o Nielsen) fuera de los trópicos. Sin embargo, allí estaba, rogándome que fuera a visitarlo.

Me daba la dirección de una fonda en la plaza de Bayswater. Alguien lo recomendó allí. Fui a visitarlo uno de esos días del enero de Londres, días invernales compuestos por los cuatro elementos diabólicos: frío, humedad, fango y tizne, combinados con una atmósfera pegajosa que se le pega a uno al alma como un traje sucio. Sin embargo, al acercarme a su domicilio vi aparecer —en una lejanía titilante y a través del sucio velo de los «cuatro elementos»— la espléndida, aunque molesta, reverberación de un mar azul con sus Siete Islitas —que me parecían pequeñísimas motitas nadándome en los ojos— y el alto tejado rojizo del *bungalow* coronando a la más diminuta de ellas. Esta visión de recuerdos me turbó profundamente. Llamé a la puerta con mano indecisa.

El viejo Nelson (o Nielsen) se levantó de junto a la mesa, donde se había instalado ante una deteriorada cartera llena de papeles. Se quitó los lentes antes de darme la mano. Pasamos unos momentos sin decir nada. Luego, dándose cuenta de mi expectación, murmuró algunas palabras, de las que sólo entendí «hija» y «Hong-Kong», bajó la vista, y suspiró.

Su bigote —aunque tan erizado como antaño— era ya blanco por completo. Las mejillas se le habían redondeado y tenían un tono más acentuado. Era curioso observar que el aspecto infantil característico de su fisonomía se le había

intensificado. Sí, tan infantil y, a la vez, tan senil como su escritura. Su vejez aparecía más clara en su frente, poco inteligente y surcada de arrugas, así como en sus ojos saltones e inocentes, que me parecieron débiles, parpadeantes y acuosos... ¿O estarían acaso llenos de lágrimas?

Era una novedad que el viejo Nelson estuviese informado a fondo sobre algo. Después del embarazo de los primeros momentos, se puso a hablar locuazmente, y cuando se callaba de repente, bastaba una pregunta mía para volverlo a poner «en marcha». En esas interrupciones, características en él, se quedaba con las manos aplastadas sobre el chaleco, en una actitud que me recordaba el pórtico del *bungalow*, donde tantas veces lo vi sentado y hablando lentamente, inflando los carrillos... Aquellos días me parecieron tan lejanos... Ahora se expresaba en un tono razonable y algo inquieto:

—No, no. Pasamos varias semanas sin enterarnos. Naturalmente, estábamos tan apartados de todo el mundo, que era imposible saber nada. No hay correo para las Siete Islas. Pero un día fui a Banka en mi lanchón por si había cartas para mí y leí un periódico holandés. Total, nada, una pequeña noticia: El bergantín inglés *Bonito* ha encallado frente a la rada de Makasar. Nada más. Me llevé el periódico a casa y se lo enseñé a ella. «¡No se lo perdonaré nunca!», gritó con ese genio que usted sabe. «Querida, le dije, siempre fuiste una chica sensata. El mejor de los hombres puede perder un barco. De tu salud sí que debías preocuparte». Me empezaba a preocupar su aspecto. Antes no quería ni oírme hablar de hacer un viaje a Singapore. Pero una muchacha tan juiciosa tenía que acabar cediendo. «Como quieras, papá», me dijo. Me costó la mar encontrar el modo de ir. Pero, por fin, la llevé. Tomamos un vapor en alta mar. Luego, los doctores, claro. Fiebre, anemia. Tuvo que guardar cama. Allí había dos o tres mujeres atendiéndola. Muy amables, las pobres. Naturalmente, pronto nos enteramos de todo en el periódico. Con todos los detalles. Allí acostada, se lo leyó de pe a pa. Luego me devolvió el periódico, murmuró «Heemskirk», y perdió el conocimiento.

Estuvo parpadeando un gran rato, y lloró otra vez.

—Al día siguiente —continuó, sin emoción en la voz— se sintió más fuerte, y charlamos mucho tiempo. Me lo contó todo.

Y el viejo Nelson me relató —con la vista baja— el episodio de Heemskirk, según la versión de Freya. Luego siguió expresándose dificultosamente, mientras me miraba con ojos cándidos:

—«Querida —le dije— te has conducido en casi todo como una chica sensata». «¡No, me he portado horriblemente» gritó «y él, allá, con el corazón hecho trizas!». Claro, mi Freya era demasiado juiciosa para no comprender que no estaba para viajar. Pero yo sí fui. Ella misma me dijo que fuera. Quedó muy bien atendida. Anemia. Decían que iba mejor.

Otro silencio.

—¿Llegó usted a verlo? —dije en voz baja.

—Sí, claro, lo vi —empezó de nuevo, con aquel tono razonable—. Acabé encontrándolo. Los ojos, hundidos lo menos una pulgada; no tenía más que la piel sobre los huesos. ¡Qué cara! Un esqueleto con un traje blanco sucio. Ese aspecto tenía. Cómo es posible que Freya... Pero, no... nunca pudo... Estaba solo en la costa, el único ser viviente que podía encontrarse en muchas millas. Lo habían pelado en el hospital. Al rape. Y no le volvió a crecer. Miraba allá lejos, con la barbilla apoyada en la mano, y no había entre el cielo y él sino aquellos restos del naufragio. Cuando me acerqué, movió un poco la cabeza. «¿Eres tú, viejo?». Así me dijo... como usted lo oye.

«Si lo hubiera visto usted, habría comprendido que Freya no pudo haberlo amado. Era imposible. Bueno, claro... No digo que no. Quizá hubiera sentido... algo. Ya sabe usted; la pobre chica estaba tan sola. Pero, vamos ¡eso de fugarse con él! ¡Eso nunca! Una locura. Era demasiado sensata... Empecé a reprocharle amablemente... Pero se volvió hacia mí: “¡Escribirle a usted! ¿Y para qué? ¡Ir a verla! ¿Con qué iba a ir? Si hubiera sido yo un hombre, me la habría llevado. Pero me convirtió en un niño, un niño feliz. Dígame que cuando perdí en ese arrecife lo único que poseía comprendí que ya no tenía poder alguno sobre ella... ¿Ha venido con usted?”, me gritó, mirándome con ojos fulgurantes. Hice que no con la cabeza. ¡Figúrese! ¿Cómo podía haber ido conmigo? ¡Anemia! “¡Ajá! ¿Lo está usted viendo?”, me dijo, señalando con la cabeza hacia los restos de su bergantín. “Vete, entonces, viejo, y déjame solo con ese fantasma”».

«¡Loco!... Anochece. No quería estarme más tiempo con aquel individuo en un sitio tan solitario. No quise contarle la enfermedad de Freya. ¡Anemia! ¿Para qué decírselo? ¡Loco perdido! Dígame usted si era éste un marido conveniente para una muchacha sensata como Freya. Si es que... ni siquiera podría haberles dejado mis pocos bienes. Las autoridades holandesas no habrían permitido jamás que se estableciera allá un inglés. Todavía no los había vendido. Mi criado Mahmat —ya sabe usted quién es— hacía gestiones para la venta. Más tarde lo cedí todo por la décima parte de su valor a un mestizo holandés. Pero no importa. ¿Qué me podía importar nada?... Pues, ya le digo, lo dejé allí solo. Tomé el vapor de vuelta. Se lo conté todo a Freya». «Está loco!» —le dije— «y, querida mía, lo único que amaba era a su bergantín».

«Es posible», dijo para sí, con la vista perdida a lo lejos —tenía los ojos casi tan hundidos como él—, «quizá sea verdad. ¡Sí! Nunca le hubiera consentido tener ningún poder sobre mí».

El viejo Nelson se interrumpió. Yo estaba fascinado y sentía un poco de frío en aquella habitación, en cuya chimenea ardía un magnífico fuego.

—Ya lo ve usted —continuó—, nunca lo quiso gran cosa. Demasiado sensata para... Me la llevé a Hong-Kong. Decían que el cambio de clima. ¡Ah, esos médicos! ¡Dios mío! ¡En pleno invierno! Vinieron diez días de neblinas frías, de viento y de lluvia. Pulmonía. Pero hablamos muchísimo los dos. Días y noches charlando. ¿A

quién se podía haber confiado mejor?... Me contó muchísimas cosas, mi niña. Hasta se reía a veces. Me miraba y le entraba una risita...

Sentí escalofríos. Su mirada, vaga, denotaba un enfado infantil, como si no se explicara las cosas de la vida.

—Y solía decirme: «Papá, no quise ser una mala hija». Y yo le contestaba: «Claro, claro, hija mía. Cómo habías de quererlo». Otras veces se quedaba muy quietecita y decía: «Lo que no me explico...». Y, a veces: «He sido una cobarde». Ya sabe usted, los enfermos graves dicen siempre cosas raras. También le oí esto: «He sido engreída, testaruda, caprichosa... Sólo buscaba mi propia satisfacción. He sido egoísta, o he tenido demasiado miedo...». Pero usted ya sabe las cosas que dicen los enfermos. Y una vez, después de haberse pasado callada casi todo el día, me habló así: «Sí; quizá no me hubiera ido con él cuando llegase el día. ¡Puede que no! No sé, no sé. Anda, papá, corre las cortinas. Tápame el mar. Me está reprochando mi desatino». Sollozó y estuvo un rato en silencio.

—Ya ve usted —continuó en un murmullo—. Muy grave... Sí, gravísima. Pulmonía. Así, de repente.

Señaló con el dedo a la alfombra, mientras el recuerdo de la pobre joven —vencida en su lucha contra los absurdos de tres hombres y llegando a dudar, al fin, hasta de sí misma— me apretaba de angustia el corazón.

Y empezó otra vez, con aire abatido:

—Usted mismo se da cuenta. ¿Cómo iba a poder mi Freya...? Lo nombró a usted varias veces. Buen amigo. Hombre sensato. Por eso quería contárselo todo yo mismo... para que supiera usted la verdad. ¡Un individuo como aquél! Sería inconcebible. Estaba muy sola. Y, quizá, así... un poco de tiempo... Pero, nada, claro. Amor, no; ¿cómo iba a enamorarse mi Freya...? Una chica tan juiciosa...

—¡Pero, hombre! —exclamé, levantándome airado—, ¿no ve usted que se murió de eso?

También él se levantó:

—¡No! ¡No! —tartamudeó, como indignado—. ¡Los médicos! Pulmonía... Una gran depresión. La inflamación del... Me lo dijeron. Pul...

No terminó esta palabra, que se rompió en un sollozo. Agitó los brazos en actitud desesperada, y renunció a su débil ficción con un gemido bajo y desgarrador:

—¡Y yo que la creía tan sensata!



JÓZEF TEODOR KONRAD KORZENIOWSKI, más conocido como Joseph Conrad (Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, 3 de diciembre de 1857 – Bishopsbourne, Inglaterra, 3 de agosto de 1924), fue un novelista polaco que adoptó el inglés como lengua literaria. Conrad, cuya obra explora la vulnerabilidad y la inestabilidad moral del ser humano, está considerado como uno de los más grandes novelistas de la Literatura Universal.

Wikipedia.

Los libros marinos de Joseph Conrad son tantos y tan memorables que siempre se piensa en él a bordo de un velero y se olvida que los últimos treinta años de su existencia los pasó en tierra, llevando una vida insospechadamente sedentaria. En realidad, como buen marino, detestaba viajar, y nada lo reconfortaba tanto como estar encerrado en su estudio, escribiendo con indecibles dificultades o charlando con sus amigos más íntimos. Aunque lo cierto es que no siempre trabajaba en las habitaciones en principio destinadas a ello: hacia el final de su vida se escondía en los más remotos rincones del jardín de su casa, en Kent, para garabatear papelajos, y hay constancia de que durante una semana se anexionó el cuarto de baño sin dar explicaciones a su familia, que vio muy restringido el uso de esa pieza durante aquellos días. En otra temporada el problema fue indumentario, ya que Conrad se negaba a ir vestido más que con un descolorido albornoz a rayas originalmente

amarillas, lo cual era un gran inconveniente cuando se presentaban sin avisar amigos, o bien turistas norteamericanos que decían estar extrañamente de paso.

Lo más grave para la seguridad familiar era, con todo, la inveterada manía de Conrad de tener siempre un cigarrillo en los dedos, por lo general durante pocos segundos, para dejarlo abandonado luego en cualquier sitio. Su mujer, Jessie, se resignaba a que los libros, las sábanas, los manteles y los muebles estuvieran llenos de quemaduras, pero vivió durante años en estado de alerta para evitar que fuera su marido quien se quemara en exceso, ya que Conrad, incluso después de acceder a sus ruegos y adquirir la costumbre de echar sus colillas en una gran jarra de agua dispuesta al efecto, tenía constantes contratiempos con el fuego. En más de una ocasión sus ropas estuvieron a punto de arder por sentarse demasiado cerca de una estufa, y no era raro que el libro que estuviese leyendo se incendiase de pronto por haber entrado en prolongado contacto con la vela que lo alumbraba.

No hace falta decir que Conrad era distraído, pero los principales rasgos de su carácter eran contradictorios, a saber: la irritabilidad y la deferencia. Aunque quizá puedan explicarse recíprocamente. Su estado natural era de inquietud rayana en la ansiedad, y su preocupación por los otros era tan grande que un mero revés sufrido por alguno de sus amigos solía acarrearle un ataque de gota, enfermedad que había contraído de joven en el archipiélago malayo y que lo torturó durante el resto de su vida. Cuando su hijo Borys estaba combatiendo en la Guerra del 14, su mujer, Jessie, llegó una noche a casa tras haber estado ausente todo el día y fue recibida por una criada llorosa que le informó de lo siguiente: el señor Conrad había comunicado al servicio que habían matado a Borys y llevaba horas encerrado en la habitación del hijo. Sin embargo, añadió la criada, no había llegado ninguna carta ni telegrama. Cuando Jessie George Conrad subió con las piernas temblorosas y se encontró a su marido demudado, y le preguntó por su fuente de información, éste respondió ofendido: «¿Acaso no puedo tener presentimientos, igual que tú? ¡Sé que lo han matado!» No mucho más tarde Conrad se calmó y se quedó dormido. Falló su presentimiento, pero al parecer, cuando la imaginación se le desataba no había forma de detenerla. Estaba siempre en un estado de extrema tensión, y de ahí venía su irritabilidad, que apenas podía controlar y que sin embargo, una vez pasada, no le dejaba huella ni tan siquiera recuerdo. Cuando su mujer estaba dando a luz a su primer hijo, el mencionado Borys, Conrad daba vueltas agitado por el jardín de la casa. De pronto oyó berrear a un niño, e indignado se acercó a la cocina para ordenarle a la criada que tenían entonces: «¡Haga el favor de despedir a ese niño! ¡Va a molestar a la señora Conrad!», le gritó. Pero al parecer la criada le gritó a él con aún mayor indignación: «¡Es su propio niño, señor!»

Tan irritable era Conrad que cuando se le caía la pluma al suelo, en vez de recogerla al instante y continuar, dedicaba varios minutos a tamborilear exasperado sobre la mesa a modo de lamento por el accidente. Su carácter fue siempre un enigma para los

que lo rodearon. Su excitación interna lo llevaba a mantener a veces largos silencios, aun en compañía de amigos, quienes aguardaban pacientemente a que retomase la conversación, en la que, por lo demás, era animadísimo, con una increíble capacidad para narrar oralmente. Cuando lo hacía, cuentan que su tono era semejante al de su libro de ensayos *El espejo del mar*, más que al de sus relatos o novelas. Con todo, lo más frecuente era que al cabo de uno de esos interminables silencios, en los que parecía rumiar, brotara de sus labios alguna pregunta insólita que nada tenía que ver con lo hablado hasta entonces, por ejemplo: «¿Qué opináis de Mussolini?»

Conrad usaba monóculo y no le gustaba la poesía. Según su mujer, en toda su vida sólo dio su aprobación a dos libros de versos, uno de un joven francés cuyo nombre ella no recordaba, y otro de su amigo Arthur Symons. Aunque también hay quien asegura que le gustaba Keats y que detestaba a Shelley. Pero el autor que más detestaba era Dostoyevski. Lo odiaba por ruso, por loco y por confuso, y la sola mención de su nombre le provocaba arrebatos de furia. Era un devorador de libros, con Flaubert y Maupassant a la cabeza de sus admirados, y tanto gusto tenía por la prosa que, mucho antes de pedir en matrimonio a la que sería su mujer (es decir, cuando aún no había mucha confianza entre ellos), apareció una noche con un paquete de hojas y propuso a la joven que le leyera en voz alta algunas páginas, pertenecientes a su segunda novela. Jessie George obedeció, llena de emoción y temor, pero el nerviosismo de Conrad no colaboraba: «Sáltate eso», le decía. «Eso no importa; empieza tres líneas más abajo; pasa la página, pasa la página.» O bien, incluso, la reñía por su dicción: «Habla claramente; si estás cansada, dilo; no te comas las palabras. Los ingleses sois todos iguales, hacéis el mismo sonido para todas las letras». Lo curioso del caso es que el exigente Conrad tuvo hasta el fin de sus días un fortísimo acento extranjero en la lengua que, como escritor, llegó a dominar mejor que nadie en su tiempo.

Conrad no se casó hasta los treinta y ocho años, y cuando por fin, tras varios de amistad y trato, hizo su proposición, ésta fue tan pesimista como algunos de sus relatos, ya que anunció que no le quedaba mucha vida y que no albergaba la menor intención de tener hijos. La parte optimista vino a continuación, y consistió en añadir que sin embargo, tal como era su vida, creía que él y Jessie podrían pasar juntos unos cuantos años felices. El comentario de la madre de la novia tras su primera entrevista con el pretendiente estuvo en consonancia: dijo que «no acababa de ver por qué aquel hombre quería casarse». Conrad, no obstante, fue un marido delicado: no faltaban las flores, y cada vez que terminaba un libro, le hacía a su mujer un gran regalo.

Pese a haber perdido a sus padres a edad temprana y guardar pocos recuerdos de ellos, era un hombre preocupado por su tradición y sus antepasados, hasta el punto de lamentar más de una vez que un tío-abuelo suyo, a las órdenes de Napoleón durante la retirada de Moscú, se hubiera visto tan acuciado por el hambre como para haberle puesto momentáneo remedio, en compañía de otros dos oficiales, a costa de un

«desdichado perro lituano». Que un pariente suyo se hubiera alimentado de carne canina le parecía un baldón del que indirectamente, por cierto, culpaba a Bonaparte en persona.

Conrad murió bastante repentinamente, el 3 de agosto de 1924, en su casa de Kent, a los sesenta y seis años. Se había encontrado mal el día anterior, pero nada hacía presumir su inminente muerte. Por eso, cuando le llegó, estaba solo en su habitación, descansando. Su mujer, en el cuarto de al lado, le oyó gritar: «¡Aquí... !», con una segunda palabra ahogada que no distinguió, y luego un ruido. Conrad había caído desde su sillón al suelo.

Del mismo modo que le hubiera gustado borrar el episodio lituano de su tío-abuelo, Conrad solía negar, en sus últimos años, que hubiera escrito ciertas piezas (artículos, cuentos, capítulos redactados en colaboración con Ford Madox Ford) que eran suyas sin lugar a dudas y que incluso habían sido publicadas con su nombre. Aun así, decía no recordarlas y negaba. Y cuando se le mostraban manuscritos y se le probaba que las páginas en cuestión se debían irrefutablemente a su pluma, entonces se encogía de hombros, uno de sus gestos más característicos, y se sumía en uno de sus silencios. Cuantos lo trataron coinciden en afirmar que era un hombre de una gran ironía, aunque de una clase que sus adquiridos compatriotas ingleses no siempre captaban, o quizá no entendían.

Artículo de Javier Marías. Claves de la razón práctica, núm. 3, junio de 1990.

Notas

[1] La expresión «viejo Nelson», muy repetida en este relato, tiene un sentido afectuoso y no es precisamente una referencia a la edad de este hombre. En este mismo sentido se emplea con gran frecuencia en inglés la expresión *old boy*. (N. del T.) <<

[2] En español en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] Grupo de cabañas o factoría, con un recinto, a que se da ese nombre en India, China, etc., derivándolo del malayo *kampong*. <<

[5] Cigarros con ambos extremos abiertos. (Del idioma tamil *shuruttu*, enrollar.) <<